

## CORRESPONDENCIA

## TIERRA SANTA

*Nueva iglesia en el Santo Monte Carmelo*

Ha publicado tan fausta noticia el Rdo. P. Fr. P. M. del P., carmelita descalzo, en carta escrita desde el Sacro Monte en Abril próximo pasado. Dice así:

Con cuánta satisfacción contemplaría desde el cielo nuestra gloriosa Madre, la endiosada Teresa de Jesús, la fiesta celebrada en nuestras Carmelitas Descalzas del Monte Carmelo el día 21 del corriente, con motivo de la bendición é inauguración de la nueva iglesia que acaban de levantar! Ella, que sentía dilatársele el corazón, siempre grande, cuando edificaba una nueva iglesia á su amado Jesús, por las muchas que los luteranos le destruían, bien podrá gloriarse y cantar un himno de alabanza al Divino Cordero, á quien sus hijas han edificado una iglesia y un altar en medio de estos pueblos de infidelidad y de cisma.

A pesar de dificultades sin cuento, nuestras Carmelitas han conseguido, antes de terminar su convento, preparar habitación ó casa á su Esposo Divino y dedicarle un altar; porque el amor grandísimo en que se abrasan, participación del volcán divino que se abrió en el corazón de su Madre hacia el amado Jesús, no les permitía ver por más tiempo al Rey de sus almas en una estrechísima celda, privado del culto y adoración de los fieles.

Todo preparado, y delegado el Padre Vicario del Monte Carmelo por el Patriarca de Jerusalén, para la bendición de la nueva iglesia, se ordenó la función para el día 21, sábado, por la mañana. Asistía la Comunidad del Monte Carmelo, el Vicario general de los griegos católicos de San Juan de Acre, con siete sacerdotes más de su rito y jurisdicción, el cura maronita de Caifa, los cónsules de Francia y Holanda y otras

muchas personas, incluso algunos protestantes que, movidos de curiosidad, acudieron á presenciar la ceremonia. Principió ésta por la bendición, según la prescribe nuestro Ritual Carmelitano, y después se dijo la Misa, que fué acompañada de *harmonium*, intercalando bonitos cánticos. Concluída la Misa, subió á las gradas del altar el P. Brocardo de J. M., carmelita descalzo, que con fácil palabra, soltura de acción y elevado estilo hizo una brillante oración referente al caso, de la que quedaron todos muy complacidos. Para terminar la función se expuso y se dió la bendición con el Santísimo Sacramento, á fin de que nuestras almas comprendieran mejor aquellas palabras que el orador

nos había repetido y que el Señor de la Majestad había dirigido en análoga circunstancia cuando se erigió su primer templo: «Vedme aquí como en un trono de amor y de gracias, mis ojos serán siempre abiertos y mis orejas recibirán las súplicas de aquellos que vinieren á orar en este lugar, porque ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo.» Al fin se rezó un *De profundis* por el alma de la fundadora, que fué la anterior Priora, á quien tantas angustias costó esta fundación.

La capilla, sin ser grande, es bastante capaz, pues estando las Carmelitas apartadas de la ciudad, y siendo aquí pocos los latinos, no puede haber mucha concurrencia de gente sino es en alguna función extraordinaria, como toma de hábito ó profesión religiosa,

que aquí llaman muchísimo la atención.

La capilla está dedicada á Nuestra Santísima Madre del Monte Carmelo, cuya imagen definitiva no tienen aún, pero para la función se puso otra del mismo título en el nicho del altar mayor, y sobre un pequeño monte adornado con plantas y flores, que figuraba la montaña del Carmelo. El altar es de una composición fuerte con algunos adornos dorados, y en el fondo, debajo de la mesa, hay un retablo que representa la coronación de la Virgen Santísima, y á los dos lados del altar dos Angeles en actitud muy reverente, que están ha-



EL RMO. H. TEOFANO, actual superior general de la Congregación de Hermanos Maristas. (Pág. 286)



ciendo la adoración al Santísimo Sacramento. Sobre el altar se eleva un hermoso templete semejante á las graciosas torres góticas de nuestras catedrales de España, sostenido por cuatro columnas que ocultan cuatro Angeles. Alrededor de la iglesia, y sobre las columnas, irán colocados los nueve coros de los Angeles. Es en verdad una capilla muy bonita y que inspira mucha devoción. Al menos será un jardín de delicias para el Divino Señor, cuyo trono verá siempre en este templo perfumado con las oraciones de estas Carmelitas, almas puras y esposas fidelísimas que se sacrifican por la salud de los pecadores.

## CHINA

*Origen del Cristianismo en la isla de Kiang-ing.—Costumbres de los isleños.—Construcción de una iglesia.—Ineteradas supersticiones de los chinos.*

El P. Esteban Sánchez, O. P., escribe al Padre Provincial desde Hing-hua el 8 de Junio de 1893:

HABIENDO tenido que ir desde An-tan á la isla de Kiang-ing para administrar los últimos Sacramentos á dos enfermos, durante las siete horas que duró el viaje me ocurrió que todavía ningún misionero había escrito cosa particular sobre esta cristianidad, y que haciéndolo yo podría referir algo nuevo á V. R. En los días que permanecí en esta isla procuré informarme de los cristianos más ancianos, de las tradiciones que tenían sobre la Religión, y del modo como se propagó entre ellos el Catolicismo, y quién fué el primer misionero que llegó por aquellos remotos lugares.

Antes de oír la respuesta de los cristianos, debo consignar que tanto esta isla como la de Hai-san y Nang-ti siempre han sido administradas por los Padres misioneros de Hing-hua, hasta que siendo el P. Fr. Salvador Masot (hoy vicario apostólico de Fokien) misionero de Hing-hua, se constituyó en Misión á parte la de Hai-san, ya por ser la más distante y de más difícil acceso, ya también por haberse notado mucho movimiento hacia nuestra Santa Religión. Hasta el presente este movimiento ha ido en aumento, tanto que ha habido necesidad de poner dos Padres misioneros y edificar una grandiosa iglesia cuya descripción hace el P. Bienes. En lo civil la isla de Kian-ing pertenece á la prefectura de Foo-chow y subprefectura de Foching, pero en lo espiritual sigue administrándose por los Padres de Hing-hua, cuya residencia habitual es el pueblo comercial de An-tan. De aquí á la principal cristiandad de la isla hay cinco leguas de distancia, sin contar el brazo de mar que hay que atravesar, el que con marea plena se pasa fácilmente, pero con la marea baja es poco menos que imposible por el mucho fango que deja el mar; lugares hay en que uno se atasca hasta las rodillas, y de este modo hay que andar cerca de media legua, dos *lip* en esta parte y tres en la otra (1).

Toda la isla mide tres leguas de Norte á Sud, y escasamente una en los lugares más anchos de Oriente á

Poniente. La isla de Kiang-ing no me parece muy poblada, y no creo llegue á veinte mil el número de habitantes. Tres son los apellidos dominantes y más numerosos, á saber: Wong, Ching y Ogu-iang, y cada uno de ellos está esparramado por dieciocho ó veinte pueblos: actualmente los dos últimos están en guerra entre sí.

Es muy frecuente por toda esta parte de Hing-hua y Fo-ching que los grandes apellidos vejen á los pequeños, y aun dentro del mismo apellido el que tiene más fuerza veja á sus mismos parientes más débiles; de donde resulta que un pueblo algo grande pronto se ramifica, y los más débiles tienen que marcharse á vivir á otra parte, llegando á formar un nuevo pueblo, pero considerándose siempre como descendientes del pueblo grande de donde salieron y del mismo apellido. De este modo evitan ellos el ser vejados y pueden vejar á otros de menor apellido.

La vegetación de la isla es regular, tienen grandes arrozales y suficientes campos de secano para el plantío de camotes, cacahuets, trigo y demás cereales; casi todos los montes están plantados de arbustos y cipreses que les sirven para el uso ordinario de la cocina, y los últimos apenas les sirven para otros usos que los de sillas.

Las costumbres de estos isleños me parecen bastante bruscas é indómitas, y por la cosa más insignificante acuden á las armas y ponen en conmoción todo el apellido; pero al mismo tiempo son tan cobardes que en tener un muerto ya se creen vencidos, y si vuelven á batirse es sin vigor y á la fuerza, para contener el ímpetu de los contrarios que ya se consideran vencedores, si bien temen la plata que tendrán que dar á los mandarines, y por eso en tales casos salen los principales de otros pueblos para ponerlos en paz y evitar que la parte contraria acuda á los tribunales. Pero estos tales compositores tienen buen cuidado de llevarse consigo la pipa de fumar opio, y pasan días y más días de uno á otro pueblo de los combatientes, haciéndoles gastar mucha plata en anfión y buenas comidas. Cuando les parece que ya han hecho gastar bastante, dan su sentencia, que los interesados son libres de aceptar ó no, pero que por lo regular acatan por no poder sobrellevar tantos gastos. En Hing-hua sucede lo mismo, pero los árbitros me parece tienen mejor buena fe y procuran de veras hacer las paces, y con frecuencia son ellos mismos los que tienen que gastar algunos pesos para cortar la diferencia: si es mucho el gasto acuden á los ricos de otros pueblos, para que ayuden también con alguna cosa; y más de una vez nosotros los misioneros hemos tenido que dar dos ó tres pesos. A nosotros nos piden diciendo que esto no es para hacer cosas diabólicas ó supersticiosas, antes al contrario es concurrir á una obra de misericordia y hacer méritos (*han-su*).

Volvamos ahora á nuestra cristiandad de Kiang-ing, y oigamos lo que nos dicen los ancianos sobre el primer Padre misionero que llegó aquí. Según los cristianos, el primer misionero de que ellos tienen noticia es un tal Ly-san-kuan que de Foo-chow, de donde era natural, pasó á Hai-san, y de aquí á Kian-ing. Esto debió

(1) La legua tiene 10 *lip*.



suceder en tiempo del tercer emperador, llamado Yiang-ching, de la actual dinastía Ching, que reinó desde 1723 hasta 1736, y fué enemigo declarado de nuestra Santa Religión. Esta acaso fué la causa porque el mencionado Ly-san-kian tuvo que marcharse de Foo-chow y establecerse en la isla de Kiang-ing. La razón en que me fundo para no dar más antigüedad á esta cristianidad es la inscripción del sepulcro del primer cristiano que aquí se enterró, y que los cristianos más ancianos que actualmente existen reconocen como su sexto abuelo. La inscripción dice que dicho cristiano fué enterrado á mediados del emperador Kien-ling, que es el cuarto de la dinastía Ching, y reinó sesenta años, esto es, desde 1736 hasta el 1796, habiendo abdicado el reino pocos años antes de morir.

Durante el reinado de este Emperador sufrieron glorioso martirio en la metrópoli de Foo-chow el venerable Sr. Sanz y cuatro Religiosos más que nuestro Santísimo Padre León XIII acaba de beatificar.

Esto por lo que hace á la principal cristiandad del pueblo de Yiang-hien, que se compone de más de doscientos cristianos, todos descendientes del mismo tronco: porque si oímos á los cristianos, antes que en su pueblo ya se había propagado la Religión en dos familias de dos pueblecitos cercanos del mismo apellido Yiang, y sólo sabemos que sus antepasados fueron cristianos por un crucifijo y dos viejas estampas que con mucho cuidado conservan de generación en generación por orden de sus abuelos, y todos los años, tres días después del solsticio de invierno, colocan en la sala principal, encienden dos velitas encarnadas, hacen algunas adoraciones y postraciones hasta el año siguiente, en que volverán á hacer lo mismo.

Este P. Ly-sam-kuan que llevo mencionado arriba, parece haber hecho algunas conversiones en esta isla, porque al poco tiempo de haber llegado ya pensó en arreglar una pequeña capilla, y sea que él comprase la casita, ó bien la cediesen los nuevos convertidos, es lo cierto que se estableció aquí é hizo un pequeño oratorio que se ha conservado hasta nuestros días: en tiempo del Ilmo. Sr. Masot ya se hundió casi la mitad, y yo concluí de echarlo todo por tierra para edificar una más espaciosa iglesia, de la que volveré á ocuparme después. Dicho misionero parece haberse vuelto á Foo-chow, porque los chinos, que son tan cuidadosos con los sepulcros, no saben que dicho Ly-san-kuan muriese por estas tierras. Tampoco los cristianos de Hing-hua saben más acerca de él.

El segundo misionero que llegó á la isla era francés y se llamaba Antonio; el tercero Esteban, también francés, cuyos sepulcros se conservan todavía, aunque en mal estado, en el camposanto de An-tan. El cuarto fué un indígena de la provincia de Su-chueng, famoso médico que escribió en chino un libro de medicina que hace algunos años yo hice copiar y poner en limpio, del cual se han sacado varias copias, y es muy estimado de cristianos y gentiles por los buenos efectos que producen sus recetas. Este Padre se llamaba Mateo, del apellido Wuang, está enterrado en el cementerio común del pueblo de An-tan, y ya antes de morir, siguiendo las costumbres chinas, se construyó un sepulcro. Parece que, teniendo esta iglesia un camposanto para los

cristianos, este Padre no debía haberse hecho el sepulcro en lugar profano, pero todo tiene su explicación. Hubo un tiempo en que los ladrones no perdonaban ni á los muertos: ya por dos veces tuvieron los cristianos de An-tan que ir al camposanto para recoger los restos mortales del P. Antón y Esteban: los ladrones pensaban que iban á encontrar oro ú plata. Por aquí apenas se encontrará un sepulcro algo decente que no haya sido profanado, despojan á los muertos hasta de las ropas interiores, y los dejan abandonados en medio del campo. Esta es la razón porque el P. Mateo se hizo el sepulcro más cerca de la iglesia de An-tan, y ya en el camposanto antiguo ningún cristiano quiere ser enterrado.

Una vez muerto este P. Mateo, las Misiones de Hing-hua quedaron abandonadas, y por consiguiente corrieron la misma suerte las cristiandades de Hai-cam y Kang-ing, y los cristianos tenían que recurrir á Foo-chow en busca de Padres que les administrasen los Santos Sacramentos. Por último, los Padres franceses se resolvieron á abandonar estas Misiones, y encomendaron al señor Vicario apostólico de Fo-kien que se dignase mandar algún misionero que cuidase de ellas.

Uno de los primeros, después de habernos encargado nosotros de su administración, fué el indígena Francisco Huang, y después se fueron sucediendo algunos otros Padres indígenas, hasta que el Ilmo. Sr. Aguilar envió al P. Nicolás Guixá, que dejó por aquí muy buena fama, y continuamente los cristianos se acuerdan de él.

Una vez marchado á Chiang-chiu el P. Nicolás, otra vez quedó esto en manos de Padres indígenas, y en honor de la verdad hemos de confesar que algunos se portaron bastante bien, sobre todo un Padre del apellido Ho, de Foo-chow, que procuró arreglar todas las escrituras de las pocas fincas del distrito, y volvió á rehacer las que se habían perdido, sobre todo las del camposanto, que indudablemente nos hubiéramos quedado sin él sin esta diligencia.

Algunos años después de haber salido de estas Misiones el P. Guixá, se notó un movimiento extraordinario hacia la Religión, y el Ilmo. Sr. Gentili creyó de su deber el enterarse por sí mismo; y en efecto, visitó todas estas Misiones, quedando muy satisfecho y contento al ver el crecido número de catecúmenos que por todas partes se le presentaban. Su viaje desde An-tan á la antigua capilla de Onang fué un verdadero triunfo, yendo acompañado todo el camino de músicas y banderolas, y crecido número de neófitos y catecúmenos é innumerable multitud de infieles, que de todas partes salían al oír la música de los cristianos.

Después de la vuelta del Sr. Gentili á Foo-chow consultó con el Padre Vicario provincial sobre la necesidad de mandar un Padre misionero europeo que dirigiese y activase el movimiento de las conversiones, y de común acuerdo mandaron al P. Fr. Ramón Alier, que acababa de llegar á la Misión; pero dicho Padre no pudo estar por aquí mucho tiempo, y hubo necesidad de llamarle á Foo-chow, para que al mismo tiempo que cuidase de los antiguos cristianos, administrase á los oficiales franceses que se habían quedado sin capellán,



por haberse vuelto á Francia el P. Soutel, que había venido con ellos. En substitución del P. Alier vino el entonces P. Fr. Salvador Masot, que á fuerza de constancia y muchos trabajos y sinsabores llegó á edificar una espaciosa iglesia y casa á la europea en medio de la ciudad murada de Ping-hai (1), y propagó el Evangelio en otra isla llamada Nang-ji, donde bautizó cerca de quinientos catecúmenos, que son los que todavía perseveran.

Necesitando el P. Masot de más operarios para atender á las numerosas conversiones de la isla y continente, el P. Vicario Coltell me mandó venir á mí para ayudarle, y cuando el P. Masot fué nombrado vicario provincial de la nueva vicaría de Emuy, llegó por aquí el P. Valls, y posteriormente el P. Escalé, que somos los tres misioneros que cuidamos de los distritos de An-tan, Kiang-ing, Ping-hai y Nang-ji, que comprenden de catorce á quince leguas de extensión. El trabajo no es mucho, pero los viajes son pesados, y por eso sólo tres ó cuatro veces al año nos visitamos para confesarnos y contarnos nuestras cuitas. De una de estas visitas nos procuramos aprovechar para hacer los santos Ejercicios, reuniéndonos los tres en la casa de Ping-hai, que es la mayor que hay en todos los distritos.

Al hablar del primer misionero he dicho que volvería á ocuparme de la nueva iglesia que se acaba de edificar, y ahora me parece que viene á propósito. Aun antes de haberse arruinado la capillita del P. Ly-san-kuan, ya el Padre misionero en tiempo de administración tenía que hospedarse en casas particulares de los cristianos, por temor de los ladrones y rateros que abundan mucho por la isla, y también porque el principal núcleo de los cristianos está un *ly* más distante. Esto hizo pensar á los cristianos en edificar una nueva iglesia, y así en tiempo del Sr. Gentili los mismos cristianos recogieron algunos fondos para comprar la madera, como en efecto la compraron; pero sucedió que cristianos y gentiles tuvieron un altercado y acudieron á las armas; en la refriega los primeros mataron á un gentil. Los gentiles acudieron á los tribunales, y no teniendo los cristianos dinero suficiente para sufragar los gastos, se determinaron á vender la madera que ya tenían preparada para edificar su capilla, y así salieron del apuro pagando á los mandarines y esbirros para que no les quemasen sus casas; pero siempre estaban en la persuasión de que aquel dinero se debía restituir á Dios, de quien lo habían tomado prestado. Por fin se determinaron á pagar, y los que no tenían dinero á la mano, empeñaron algunos pequeños campos á la iglesia, y así poco á poco van pagando: ahora sólo quedan dos familias sin restituir, que sólo deben unos 13 pesos entre las dos. Aunque el misionero les condone la deuda, no lo admiten, porque temen que Dios los castigue; y cualquiera calamidad que les sobrevenga, lo atribuyen á la deuda que todavía no han pagado.

Ya estaban contentos por haber quitado este obstá-

(1) A los misioneros de China, como no acostumbrados á ver cosas grandes, cualquier cosa nos lo parece. La iglesia de Ping-hai tiene ochenta pies chinos de largo por cuarenta y ocho de ancho.

culo para la edificación, pero todavía faltaban otros; era el primero el designar el terreno que debía servir para iglesia, porque si se compraba á los gentiles, lo menos que pedían eran cuatrocientos ó quinientos pesos, y con poco más que se añadiese ya teníamos lo suficiente para edificar la capilla. Yo ya había visto un terreno muy á propósito, y lo era mucho más por ser del común del pueblo cristiano, y no había de costarles un céntimo su adquisición. Lo propuse á los cristianos, y todos quedaron suspensos; les di algunos días de tiempo para consultarlo entre sí, y claramente les dije, que de no edificarse la iglesia en el lugar que yo les proponía, no pensasen más en tener iglesia ó capilla. En esta suspensión los dejé, y me volví á la residencia de An-tan.

Alguno extrañará que los cristianos quedasen suspensos y no admitiesen inmediatamente la proposición que yo les hacía de edificar la iglesia en un terreno del común del pueblo. Esto no era ciertamente por las utilidades que reportasen del tal terreno, otra cosa temían ellos y yo ya lo sospechaba antes de decirles nada, y por eso les hablé tan fuerte. Precisamente este terreno es donde está el sepulcro de su abuelo el primer cristiano, de quien ya llevo hecha mención antes, y la iglesia debía edificarse en frente de él, y todos los chinos creen que si delante de un sepulcro se edifica una casa ó templo, se quita toda la felicidad del pueblo. Aun los cristianos tienen esta superstición, y por más que se les predique y hable contra ella, cuesta mucho trabajo el desarraigarla de su corazón; y no es extraño: estos pobres cristianos por todas partes están rodeados de gentiles, ni ven ni oyen otra cosa que supersticiones; desde su más tierna edad se crían en esta atmósfera corrompida que insensiblemente se infiltra en la sangre, y naturalmente no respiran sino supersticiones. Es verdad que hay algunos cristianos que á fuerza de doctrina y explicaciones no las creen, pero siempre les queda un temorcito, y su corazón queda inquieto al oír á grandes y pequeños que tal familia, por ejemplo, que antes era rica, ahora se encuentra en la miseria porque el sepulcro de sus antepasados está en un lugar que no tiene felicidad.

Ahora bien, los cristianos de esta isla en el tiempo que son cristianos se han multiplicado mucho, y de bienes de fortuna tampoco son tan desgraciados, porque todos tienen que comer. Ven que sus parientes, cuyos antepasados están enterrados en otra parte, ni son tan numerosos ni están tan bien acomodados, y además oyen á los gentiles que á todas horas les repiten que la felicidad de que gozan les viene del lugar feliz en que tienen el sepulcro de sus mayores, y que si la iglesia se edifica delante les va á quitar toda la felicidad, se van á quedar en la miseria, y que dentro de algunos años, extinguiéndose la generación, se concluirán todos y sólo quedará alguno que otro para escarmiento; y, no teniendo la fe muy arraigada, no es extraño que todas estas patrañas les infundan algún temor.

Antes de despedirme de ellos les hablé sobre esta superstición y de la grande injuria que inferían á Dios atribuyendo á los huesos y calaveras de los muertos los grandes beneficios que de Dios habían recibido, y que eran indignos de tener iglesia si por un vano temor no



permitían edificarla en el dicho lugar. Otras muchas razones les puse delante para que desechasen sus falsos temores, y que al contrario, debían alegrarse de que la iglesia se edificase tan cerca del sepulcro, porque de esta manera el Padre misionero se acordaría con más frecuencia de rogar á Dios por el alma de sus antepasados, ya que ellos tan pocas veces se acordaban.

Todas estas razones parece que hicieron mella en sus corazones, porque á los pocos días me presentaron un escrito firmado por los más ancianos y cabezas de familias: era la cesión perpetua de todo el terreno que se necesitase para la construcción de la iglesia y casa del misionero.

Este año el P. Valls ha acabado de perfeccionar la iglesia y casa, si bien el pavimento todavía está en su estado natural y primitivo.

El año pasado, á pesar de no estar del todo concluida la iglesia, se empeñaron los cristianos en que por

jamás había visto cosa semejante y que no se saciaban de ver y contemplar á la misericordiosísima Virgen y Madre del Redentor. Por seis días enteros tuvimos la iglesia atestada de curiosos que iban y venían sin cesar, de modo que aquello parecía una romería; según decían cristianos y gentiles, no había pueblecito en la isla del cual no hubiera venido algún hombre ó mujer para ver la primera función cristiana.

Ahora preguntará V. R.: «¿Y cuántas conversiones se han operado?» Muy pocas. Creo que la conversión de los chinos, si Dios no toma sus armas y abraza su escudo, según dice el Profeta, va todavía muy despacio; y si alguno busca al misionero, de seguro que el primer móvil ni es el amor de Dios ni la salvación de su alma. Tendrá algún negocio en los tribunales, y confía en que la Iglesia le protegerá, ó acaso en alguna enfermedad habrá gastado más de lo que podía en hacer supersticiones y sacrificios á los ídolos, y después de tantos gastos



GUADALUPE.— A la vista de Tierra Baja. (Pág. 284)

Pascua de Resurrección se había de hacer la solemne inauguración; adornamos la iglesia con todas las colgaduras y candeleros de esta iglesia de An-tau, alquilamos cien grandes faroles muy vistosos, pero muy chicos, y después de estar ya todo preparado, desde An-tau llevamos, en silla de cuatro cargadores muy bien adornada, la imagen de talla que nos hizo un escultor chino.

Al llegar la imagen al desembarcadero de la isla, se la saludó con una nutrida salva de cohetes y descargas de fusilería y música; los cristianos todos iban vestidos de gala, y yo con alba, acompañado de los acólitos é incensarios y con el gracioso bonete chino, que hasta hace pocos años se usaba para celebrar, y que todavía siguen usando casi en todas partes menos en Fo-kien. La procesión recorrió un trayecto de cerca de media legua, acompañada de una multitud inmensa de gentiles, que

se halla defraudado en sus esperanzas, y en un arrebato de ira arroja todos los ídolos por la ventana y pide hacerse cristiano. Este tal, si al principio de su conversión Dios se compadece de él y le concede algún bien-estar temporal, acaso persevere; pero si le sobreviene alguna desgracia, es temible haga con la Religión y sus libros de rezo lo que había hecho con sus ídolos. Nosotros no podemos hacer otra cosa que predicar, exhortar y rogar á Dios Nuestro Señor por la salvación de tantos infelices que duermen en tinieblas de muerte, que como á ellos les parecen días muy claros, ni siquiera piensan en salir de ellas, y mueren con una fría indiferencia que hiela la sangre del que sabe lo que luego les espera. Bien es verdad que de cuando en cuando vamos espigando acá y acullá lo que nos deja caer el Señor de la miés. El ejemplo está patente en las relaciones que han hecho de la cristiandad de Hay-san el



P. Ramos antes de edificar la iglesia, y el P. Bienes después de la edificación é inauguración.

Después de esta disgresión, si así puede llamarse, volvamos á nuestra isla.

Por causa de tanto gentío infiel no me pareció prudente el exponer el Santísimo Sacramento en el monumento el día de Jueves Santo; el viernes hicimos la adoración de la Santa Cruz, y vi muchos ancianos que lloraban al acercarse para adorar el madero de nuestra Redención. El Sábado Santo, además de bendecir el fuego y el agua bautismal, tienen la costumbre de llevar á bendecir á la iglesia panecillos, arroz, huevos, aceite y otros mil comestibles, que después reparten y comen con mucho respeto. El día de Resurrección fué el día de la gran solemnidad.

Celebrada la Pascua pensaba volverme á An-tau, mas los cristianos de otra cristiandad de Fo-ching, distante tres leguas del pueblo de los cristianos de Kiang-ing, se empeñaron en que también en su pueblo se debían celebrar las Pascuas. Fuí con gusto, y aunque ya conocía á la mayor parte de los cristianos, no había estado yo todavía en su pueblo; entre todos no llegan á cincuenta, y hablan la lengua de Fo-ching, como los de Kiang-ing, pero con el roce con los cristianos y misioneros de Hing-hua, que siempre han cuidado de ellos, nos logramos entender; sobre todo en la confesión es más fácil, ya porque lo saben hacer bien y van mandamiento por mandamiento, ya también porque nosotros estudiamos un poco su lengua, que se parece algo á la de Hing-hua. Estos cristianos de Fo-ching son todavía más antiguos que sus vecinos de Kiang-ing, y dicen que en tiempo de Kiang-hi 2.º, emperador de la actual dinastía Ching, que reinó desde 1662 hasta 1723, dos de sus antepasados fueron por Fogan para hacer comercio, y allí se convirtieron al Cristianismo, y á su vuelta hicieron instruir á toda su familia, que también se convirtió. Como viven en un pueblo grande, y ellos son pocos, y por todas partes están rodeados de gentiles, están bastante vejados: para celebrar la Misa hay que levantarse á las dos ó tres de la mañana, por temor de algún desmán por parte de los gentiles. Algunas veces hemos propuesto á los cristianos el acudir á los tribunales, pero temen que después les sea peor, y creo no les falta razón, y así mirando por el bienestar de los cristianos sufrimos esta pequeña humillación.

Con esto me parece que ya está dicho todo lo más principal que hay que decir sobre la isla de Kian-ing. También he hablado de Hing-hua; pero es necesario, porque, como ya dije al principio, están relacionadas ambas cristiandades y siempre han corrido la misma suerte.

## GOLFO DE GUINEA

### XX

*Un viaje por la isla de Fernando Poo*

ERAN las cuatro de la tarde de un caluroso día de verano (como lo son todos en el centro del África), cuando, temeroso de que ocurriera al revelando Padre Superior algún suceso desagradable, me

ofrecí á acompañarle en una expedición por los bosques del Boloco. Mas, temiendo el Padre que la canoa que nos había de transportar desde nuestra playa al punto de partida para el monte, podía volcarse y dejarme á mí en el profundo del mar, por no saber nadar, determinamos que partiese yo con dos ó tres muchachos, costeano por tierra hasta encontrarnos en el lugar prefijado, en tanto que él desaparecía volando en aquella frágil embarcación.

El trayecto que se había de recorrer era de unas tres horas, costeano. Después de bajada la marea, emprendimos la marcha á eso de las nueve de la noche, siguiendo las orillas arenosas de aquella bahía. El tiempo era excelente, no brillaba la luna, pero aparecían en el firmamento refulgentes estrellas, que con su luz servían de faro á los nocturnos viajeros. Para mayor seguridad llevábamos un farolillo, cebado con aceite, por ser frecuentes los sitios peligrosos donde se necesita mayor luz. Seguimos nuestro camino hasta las doce menos cuarto, sin otro incidente desagradable que mojarnos los pies y arañarnos lastimosamente las manos al ponerlas sobre la abundancia de ostras que cubren aquellos peñascos.

A las doce menos cuarto topamos con una lengua de tierra, y fué forzoso atravesar de frente por internarse mucho en el mar y no dejar paso por la orilla, aun en marea baja. Un cuartito de hora de andar por el bosque nos era indispensable, si bien nosotros tardamos en recorrer aquel trayecto el cuádruplo de la distancia; pues la luz era muy escasa, el sendero muy estrecho, y de tanto en tanto se hallaba algún precipicio. Entramos en el bosque, y á los treinta ó cuarenta pasos noté que la luz era muy débil, debido sin duda á la escasez de combustible. Saco mi botella de aceite, y no fiándome de la ligereza de los niños, quise cebarla por mis manos; pero, á pesar del cuidado hice también yo lo que probablemente habrían hecho los demás, esto es, apagarla. ¡Bendito sea el Señor! Allí por la humedad no servían los fósforos, y así nos quedamos á oscuras, sin otra esperanza que el que la aurora vendría dentro de algunas horas á despejar tan densas tinieblas. No se veía ni cielo ni tierra, ni cosa alguna; por tanto era imposible pasar adelante ni atrás. Tanteé con la mano la dirección del pequeño sendero, nos retiramos algunos pasos de él para dar libre curso á las culebras que se les antojase el andar por allí; nos echamos no sé dónde, nos acurrucamos unos con otros para contrarrestar el fresco de la noche; y aquí tienen á un pobre misionero acostado en el duro suelo, sin otro abrigo que la sotana y el brazo derecho por almohada, y con cuatro niños negros por compañía.

Dormimos algo, pero con poca tranquilidad, y nos levantamos, como es de suponer, lo más pronto posible al rayar el alba, para proseguir nuestro viaje. Por allí no se oía ser viviente; el más cerca estaría por lo menos á dos horas de distancia; lo que me daba miedo era el peligro de que se desprendiera alguna rama de aquellos árboles gigantescos y nos aplastara los sesos; pero no, la Virgen Santísima estaría en vela, y ¡cómo se complacería en ver á sus hijos que le imitaban en las fatigas de su viaje á Egipto!

Pasamos, pues, aquella lengua de tierra más que de



prisa, y entramos de nuevo en la playa, pero no arenosa como la noche anterior, sino cubierta de agua hasta el bosque, á causa de la plena marea. No había otro remedio que pasar por la playa con agua hasta la rodilla, y á veces algo más, teniendo cuidado de sentar bien el pie para no caerse. A menudo encontrábamos algún río, que los niños pasaban á nado, y yo, por no saber nadar, con agua hasta los sobacos, con no poco peligro. Antes de llegar al punto donde esperábamos poder encontrar al Padre Superior, ya se me rompió el calzado, mas pude reemplazarle con otro que llevaba á prevención.

Llegamos á eso de las ocho y media, calados hasta los huesos, debiendo haber llegado á las dos ó á las tres de la madrugada. El Padre Superior, cansado de esperar y pensando que el miedo nos hubiese hecho retroceder á casa, acompañado de dos negros se había marchado hacia el monte. Al saber nosotros que había salido hacía poco, fuimos tras él, por el camino que nos pareció, creyendo que andando de prisa conseguiríamos alcanzarle; pero todo fué inútil. Encontramos diferentes zonas en que la vegetación cambia por completo, bosques y más bosques, árboles y zarzas impenetrables, mas no se encontraba un salvaje, siquiera para preguntar por el camino. Los niños estaban cansados, yo rendido, pero era preciso andar. Por fin encontramos dos bubís, á quienes preguntamos si ellos *mira homo paña*, el hombre de ropa negra; dijeron que sí, pero que estaba muy lejos. Los niños me dicen:

—Padre, nosotros ya cansa mucho y tiene hambre.

¡Pobrecitos! está claro. Serían las once de la mañana y estábamos en ayunas; pero ¿qué hacer? si nos volvemos á la playa, estaba ésta ya muy lejos.

—Mejor será, dijimos, que subamos hasta encontrar pueblos; allí comeremos, y si es necesario retrocederemos después.

Llegamos á un río grande, y allí para colmo de infortunio se me rompen los zapatos y me quedo descalzo. Lo que pasó entonces por mi mente no lo recuerdo; me senté, levanté los ojos al cielo y exclamé:

—¡Dios mío! ¿será posible que cansado como estoy tenga que volver á casa descalzo, distante unas seis horas? ¿Podré realizar esto?

Al punto viene un niño y me dice:

—Padre: *Padre grande* (el Superior) tiene aquí alpargata.

—¿Qué ha de tener, criatura?

—Sí, Padre, *nosotros mira como el pone*.

En efecto, los niños, observadores y curiosos en todas partes, habíanle visto poner en la maleta unas alpargatas. Aunque algo anchas, me sacaron del apuro y seguimos adelante. Con frecuencia los niños se volvían, diciéndome:

—Padre, *nosotros no puede anda, tiene mucha hambre*.

—Pero, hijos míos, les decía, nada puedo daros; pronto llegaremos á los pueblos y entonces comeremos.

Con esto hacían un esfuerzo más; llegamos á la zona de las palmeras, y entonces ya respiramos con la esperanza de que no estarían lejos los pueblos.

El sol era abrasador, y á pesar de la espesura del

verde follaje, dejaba sentir terriblemente sus ardientes rayos. Vimos á un bubí, cogiendo vino de palma en lo alto de una palmera, le pedimos por *homo paña*, y nos dijo que no sabía nada (*dalañj*), con lo que nos confirmamos que habría seguido otro rumbo: le pedimos vino de palma, y á duras penas nos quiso vender un poco, que parecía agua de rasurar (tan caliente estaba); con todo nos reanimó algo para poder llegar á poblado, que sería á eso de las dos de la tarde.

Nuestra primera diligencia fué ver si podíamos satisfacer nuestra necesidad. Pedimos que nos vendiesen ñames y plátanos, mas todos nos miraban y nadie traía cosa alguna: les enseñé hojas de tabaco *langea*, y poco á poco fueron trayendo. Los niños ya no tenían ánimos para ir por agua ni hacer fuego ¡pobrecitos! pero con la ayuda del Señor, entre todos lo hicimos todo y salimos de apuros; todos comimos regular, en mesa redonda. Al poco rato estaba la gente reanimada; habíamos vuelto de muerte á vida.

Y el Padre Superior ¿dónde estará? Al acabar de comer tuvimos recado que estaba llegando. Le dijeron que por allí corríamos nosotros, que había otro *homo paña*, y vino en seguida. Las noticias se comunican de un pueblo á otro, como por telégrafo; no se lo explica uno. Grande fué, como puede suponerse, la satisfacción de ambos, al vernos reunidos en aquellas alturas; nos comunicamos las impresiones del viaje, llenamos el fin que allí nos había traído, y emprendimos contentos y alegres el camino de la playa, llegando á la Misión casi en la hora en que habíamos salido el día anterior, esto es, á las nueve de la noche, sin otro incidente que el cansancio consiguiente.

¡Por cuántas aventuras tiene que pasar el misionero en países africanos! Pero ¿cómo sabe el Señor mezclar lo amargo con lo dulce!

## PERÚ

*Digna coronación de la gran Misión dada por los Padres Franciscanos*

Un reverendo Padre misionero, menor observante, da cuenta en los siguientes términos del término de la provechosa Misión que con ejemplar celo y grandes fatigas han dado en parte del Perú los dignos hijos de San Francisco de Asís:

**H**UACHO es una población de no escasa importancia en esta República del Perú; está á unas veinticinco leguas al Norte de Lima; tiene su bonito puerto de mar de fácil desembarcadero, y es centro político y comercial del hermoso valle que lleva su nombre. Goza de clima excelente y disfruta de posición admirable; pues está en un inmenso llano sembrado de toda clase de frutas y cereales, con eterno verdor y continua primavera, sin las arideces y sequedades del invierno europeo. Por el Oeste, á un cuarto de hora de distancia tiene su puerto de mar y el gran Océano Pacífico; por el Este, y más allá de las llanuras y de los valles, sobre lejano horizonte se divisan las majestuosas cumbres de la cordillera de los Andes; al Sur el desierto de *sal*, con su linda bahía llamada *de las salinas*; y al Norte, extendidos y como sentados placidísimamente en la hermosa campiña, los pueblecitos que



aquí llaman Capillas, y son: Luriamá, Cruz Blanca, Santa María, Hualmay y Huaura. Además no se puede andar por la campiña ni dar cincuenta pasos sin encontrarse con una casita de campesinos ó con una quinta de gente acomodada, y en fin, toda esta grande y pintoresca llanura se compone de pequeños palacios ó casas rodeadas de jardines y huertas.

Tales el campo de nuestras últimas operaciones apos-

sido insuficientes en esta ocasión para contener los miles de fieles que venían á la Misión; hemos tenido, pues, que predicar al aire libre, y con este motivo gozamos de espectáculos á cual más conmovedores. Dejando otras descripciones, por no hacerme pesado, no puedo prescindir de narrar lo que nos aconteció en el pueblo de Santa María, cuya iglesia está en una pequeña altura que domina todo el gran valle, y desde donde nos oían



COLOMBIA.—Vista de Sabanilla. (Pág. 286)

tólicas, después de siete meses continuos de trabajo, y siendo tan ameno este campo, no obstante nuestro natural cansancio, cobramos nuevos bríos los cuatro Padres misioneros, y nos resolvimos á coronar del modo más brillante, y con la gracia de Dios, la célebre expedición misionaria.

Para eso, y después de haber preparado la más entusiasta entrada de S. Ilma. el señor Obispo visitador en *Huaura*, y de aquí *recto tramite* á Huacho, le dejamos en esta población saboreando los frutos que con el favor divino habían producido nuestras Misiones. Mientras el señor Obispo visitador consolaba con su paternal presencia y sus acostumbradas bondades á los piadosos habitantes de Huacho, y administraba á miles y miles, un día y otro día, el Sacramento de la Confirmación, y visitaba sus templos, capillas, altares, etcétera, etc., los Padres misioneros recorriamos los otros pueblos del valle, anunciando en cada uno de ellos durante ocho días, la *buen nueva*, y preparándolos para recibir á su vez al Padre y Pastor que venía á visitarlos.

En todos estos lugares los templos (que son bastante capaces en sí y están muy bien conservados) han

predicar de una legua á la redonda, sin perder ni una sílaba, merced á un fenómeno acústico que presenciábamos con extrañeza sorprendente. Las noches eran plácidas como son las del verano en todas partes, pero bastante oscuras, de suerte que sólo se divisaban algunas luces lejanas de los campanarios y torreones de los pueblos vecinos y otras más cercanas y como esparcidas por el valle, y que señalaban la muchedumbre de casas diseminadas. La iglesia de Santa María, sola en el pequeño cerro que como pan de azúcar domina suavemente la comarca, tiene una fachada la más linda, con sus dos torres perfectamente simétricas é iguales, y de una á otra torre por delante de la fachada, y como dos varas sobre el arco corintio de la puerta, corre un pasadizo con su balaustrada, formando un espacioso balcón, desde el cual predicábamos á la muchedumbre que cubría la plaza y lados del cerro santo. Ambas torres, lo mismo que el grandioso balcón que las une y nos servía de púlpito, estaban iluminadas con multitud de faroles de colores. Hasta aquí no he dicho nada; lo más curioso y sorprendente fué el maravilloso efecto producido por la voz emitida desde esa altura y ante espectáculo tan conmovedor y de noche. Los cánticos



del misionero, el rezo del Santo Rosario, y principalmente, por ser más tarde y observarse quietud y el silencio más profundo, la voz del predicador se oía desde una legua á la redonda, como he dicho antes, sin perderse una sola palabra, lo mismo, y aun tal vez mejor, que si se escuchara á los pies del predicador.

Los que por indolencia ó enfermedad no habían venido á la Misión, oían atónitos y consternados desde sus mismas casas esparcidas en el valle la voz del predicador, que en nombre de Dios les hablaba; venían estupefactos y como si experimentaran un gran milagro, á contarnos lo que pasaba: la sorpresa y admiración cundieron por todas partes creciendo siempre; yo mismo fuí objeto de una conmoción extraordinaria, cuando por hacer experiencia y después de haber predicado el Catecismo, mientras iba á predicar el sermón de Misión el P. Antonio Pértica, bajé de la iglesia y anduve largo trecho por el valle, y escuché esa voz poderosa que como trueno hería terriblemente mi alma: «¿Cómo se explica esto?» me dije.

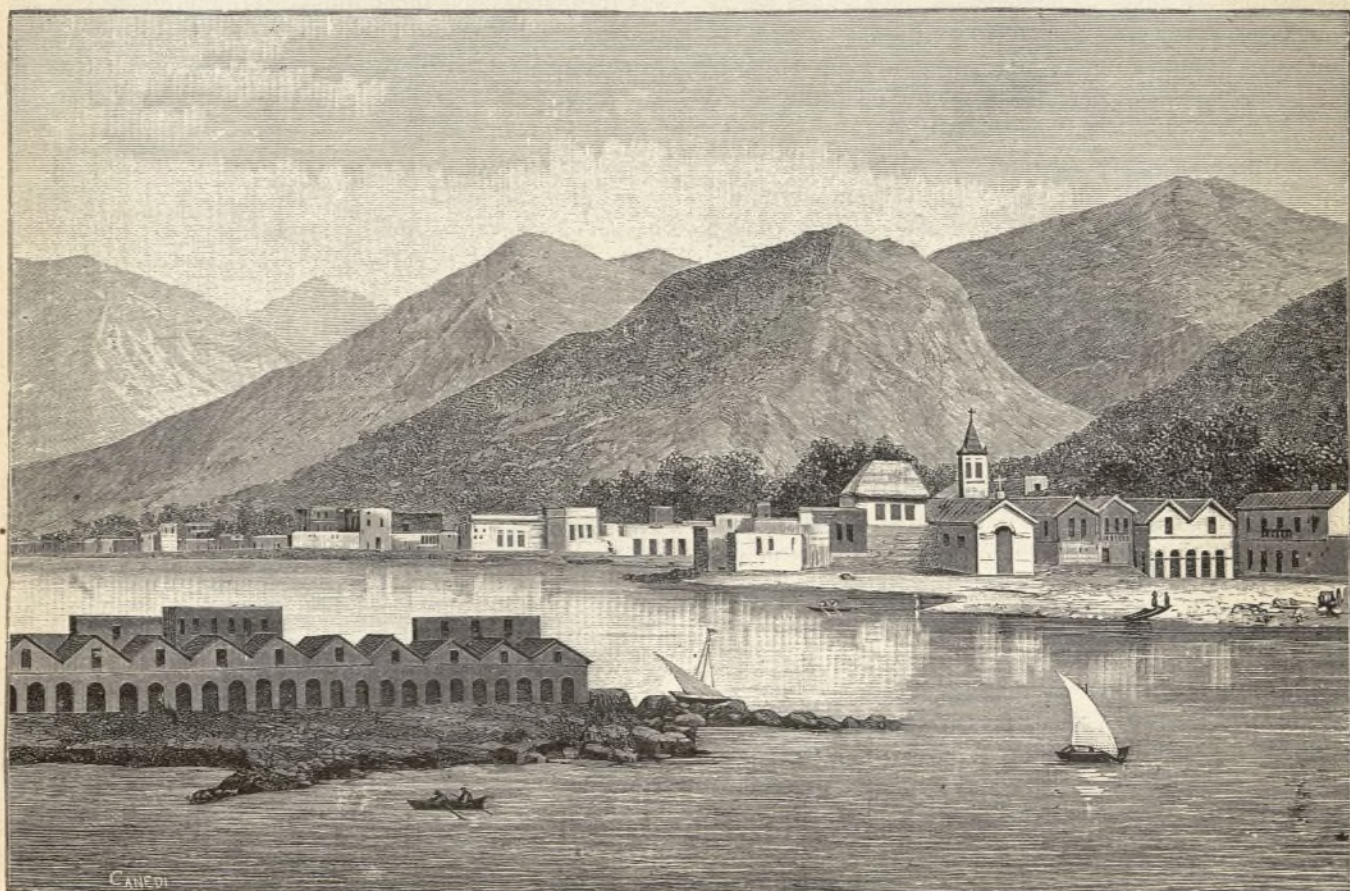
Muy fácil me fué después explicar el maravilloso fenómeno. Todo el gran valle ó campiña de Huacho es muy húmedo por el continuo regadío, por la exuberante vegetación y además por la proximidad de los mares. Por la noche se forman densas nieblas, que componen una especie de lienzo inmenso que se extiende por toda la llanura. La voz del predicador emitida desde el sitio donde venía á estar la esfera del reloj en la fachada del templo, y vigorizada por el eco formado en ambas torres, subía hacia la densa nube, que cual magnífico y grandioso tornavoz la devolvía robustecida y pa-

vorosa á todo el valle. Así me explicaba el fenómeno acústico, pero aun explicándolo por la física acústica, queda uno asombrado de ello.

Terminadas las Misiones respectivas de estos pueblos, y visitados por S. Ilma. el señor Obispo, cada uno se disputaba el honor de singularizarse entre los demás en las manifestaciones de júbilo; de aquí la santa emulación que se despertó en todos ellos en decorar con arcos triunfales y alfombras de fragantes flores sus respectivos caminos, y lo mismo diré de la concurrencia y animación de las fiestas, las músicas, las salvas y otras mil muestras de alegría.

Al último día todos los pueblos agradecidos quisieron unirse, y al efecto nos repartimos los Padres misioneros entre los pueblos del valle, y cada uno de nosotros al frente de su respectiva división, llevando en procesión al Patrono de cada iglesia, con innumerables banderas y pendones, y con millares de faroles de colores (aquí los saben hacer muy bonitos dándoles la forma de torres, cruces, estrellas, globos y otras caprichosas), entramos en Huacho en larguísimas y bien ordenadas filas, cantando himnos al Señor y á la Virgen Santísima, reuniéndose en tan solemne manifestación más de ocho mil personas, con el fin de mostrar su agradecimiento al señor Obispo visitador, oír sus postreros consejos y recibir la bendición última.

Su Ilma. les dirigió palabras de ternura, les exhortó á perseverar en el bien, y por fin, dándoles el último adiós les bendijo, dando por terminada la santa visita.



VENEZUELA.— Puerto Cabello. (Pág. 286).



De esta suerte hemos terminado nuestra expedición misionaria, en la cual hemos recorrido más de veinte pueblos de la sierra y otros tantos de la costa del Norte del Perú, pasando muchos trabajos, pero con grandes satisfacciones, logrando confesar más de *setenta mil personas*, contadas por las papeletas impresas repartidas para la Confirmación que ha administrado el señor Obispo visitador; se han celebrado más de *mil matrimonios* de gente que lo necesitaba; se han restituido no pocos bienes mal adquiridos, pacificado públicamente pueblos enemigos; se ha predicado la fe á más de *cien mil* cristianos, la mayor parte de los cuales rara vez en su vida pueden oír las verdades santas; en fin, se han santificado tantísimas almas y se ha dado gloria á Dios, que es siempre admirable en todas sus obras, pero que hace maravillosa ostentación de sus dones y de sus gracias, derramándolas misericordiosamente á manos llenas entre estas buenas gentes del Perú, por medio de las Misiones franciscanas.

### FILIPINAS

*Buenas disposiciones de los indios.—Causas que las neutralizan.—Medidas que debieran tomarse.—Donativos de la Asociación de señoras auxiliaadoras de las Misiones.*

El Rdo. P. Ramón Zubieta, misionero dominico, el 1.º de Septiembre de 1893 escribe desde Magogao al Padre Provincial:

EN la primera carta que dirigí á N. P. Lucio, al poco tiempo de fundada esta Misión, le exponía las grandes esperanzas que había concebido sobre la conversión y civilización de estos salvajes, dadas las buenas disposiciones de los mismos, en algunas de las rancherías al menos. Esas buenas disposiciones existían antes y existen ahora aún mejores, y sin embargo el fruto es muy pequeño. «¿Y por qué? me preguntará V. R.; ¿cómo, siendo en muchas rancherías tan dóciles y mansos, siguen sus costumbres salvajes?» Ese por qué, esos obstáculos que entorpecen la marcha é impiden á los infieles entrar en el camino de la verdad y de la luz, es lo que pretendo exponer en ésta.

Muchos son los obstáculos con que el misionero tropieza en la conversión de estos infieles; pero hay uno capital, que no puede vencer con su palabra y paciencia, por lo que quiero exponerlo en particular, para que V. R. haga en ésa lo que le sea posible á fin de que dicho obstáculo desaparezca.

En tres años próximamente que llevo entre estas gentes, no he omitido cosa, á mi juicio, conducente al fin anhelado. Unas veces en mis repetidas visitas que hago á sus rancherías, ó cuando ellos vienen á visitarme en mi convento, reciben algunos regalos muy apreciables para ellos, otras veces se acercan á mí pidiendo limosna, medicinas ó bien protección en algún asunto, y siempre hago lo posible por ellos, por lo que están agradecidos y muestran una docilidad relativa.

En estos casos y otros mil les he hablado sobre Religión (siempre con el cuidado de no escamarlos, pues de lo contrario huirían de mí), y he visto en muchos que lo que menos creen es en su religión y en sus *ánimos*; pero se les habla de bautizarse, y comienzan á hacer aspavientos, creyendo que de ese modo se entregan

á la esclavitud más denigrante; les hablo de bautizar sus hijos, ó que asistan á la escuela, y á todo ponen una resistencia increíble.

He pensado mucho sobre la causa de esa tenaz resistencia, hasta que un *calinga* me sacó de dudas resolviendo el gran problema en dos palabras. Hablaba yo cierto día con un calinga de la ranchería próxima, y uno de los que me inspiran más confianza, y preguntándole por qué no se hacía cristiano, me contestó:

—¿Para qué me he de hacer cristiano, para ser como esos?

Miré al lugar que indicaba para ver quiénes eran *esos*, y vi cuatro polistas que venían conduciendo equipaje á la comandancia.

Me dejó helado la contestación, en la que vi resuelto mi problema. En efecto; ¿cómo es posible que ese calinga varíe de modo de ser y de vivir, ni piense en ello, cuando ve á *esos* cuatro cristianos, que jadeantes abandonan su carga, la cual conducen á distancia de nueve leguas, por una pequeña retribución; que esos mismos tienen que pagar el tributo, servir de polistas en trabajos de calzadas, servicios de correos, que son esclavos del gobernadorcillo y cabeza de *barangay*, etc.? De todo esto se enteran los calingas, y saben muy bien las muchas cargas que pesan sobre el indio cristiano, las que comparan con su modo de vivir. Ellos son reyes de ese pequeño mundo á que están reducidos; no reconocen más ley que su voluntad, ni más justicia que su acerada lanza.

Hecha esta cuenta entre el modo de vivir del cristiano y del infiel, no es extraño que opten por el segundo, y prefieran permanecer en su salvajismo siguiendo sus tradiciones. De modo que la verdadera causa de la resistencia que ponen á su reducción, es saber que con su salvajismo están libres de tributo y de otras cargas que pesan sobre el cristiano; es un salvajismo de conveniencia, estudiado.

Saben perfectamente que con dejarse crecer el pelo como animales selváticos y andar desnudos ó *un poquito menos*, son respetados de todo el mundo; son libres para todo, pueden recorrer todos los pueblos sin que nadie les pida documento alguno ni les moleste en lo más mínimo, y hasta cortar alguna cabeza de cristiano para sus diabólicos festines, si les parece conveniente.

Por lo que dejo expuesto no le extrañará á V. R. que varios cristianos hayan abandonado sus pueblos, marchando al bosque á gozar, entre los calingas, de todos sus privilegios. He trabajado lo indecible con dos de estos cristianos para traerlos á las inmediaciones de la Misión, y no he conseguido sino buenas palabras; y cuando les he apurado un poco, se han marchado al pueblo cristiano inmediato. Creerá V. R. que esto es un bien; pero nada de eso, pues ya tienen la eterna cédula personal, que es la cabellera, y con ella gozan de todas las ventajas materiales que, según su rudo y estrecho criterio, pueden tener los cristianos, sin contribuir en lo más mínimo al bien común, á no ser robando algún carabao ó caballo, que venden luego á los calingas inmediatos.

Es un verdadero escándalo, que en casi todos los pueblos del valle ó á poca distancia de los mismos,



haya numerosos infieles que están libres de toda carga por el solo título de no ser cristianos. Mas, en muchos pueblos están mezclados infieles y cristianos: mientras éstos acuden á toque de tambor á trabajar en las calzadas, salen aquéllos á *pasear*, como ellos dicen, y ver como trabajan los cristianos. Así la comunicación y roce que los salvajes tienen con los pueblos civilizados, en lugar de ser un medio de reducción, produce el efecto contrario.

Da vergüenza ver que después de tanto tiempo como se viene trabajando entre estos salvajes, y lo que se ha hecho para su reducción, continúen tan salvajes como antes; hay que hacer, por consiguiente, un esfuerzo supremo para sacar á esos seres desgraciados de las sombras del error en que viven y reducirlos á sociedad; lo cual jamás se conseguirá hasta que vean en la vida social y cristiana alguna ventaja material sobre la vida salvaje; pero mientras el calinga sea de mejor condición que los cristianos, y goce de un bienestar material debido á los privilegios y exenciones que tienen contra todo buen sentido, la reducción se hará muy despacio: pasarán años y más años, y á pesar de los trabajos de los Padres misioneros y aún de las fuerzas destacadas, la cordillera central estará llena de salvajes, y se reproducirán eternamente los atropellos sangrientos que los salvajes cometen con los cristianos, como está sucediendo de continuo.

Por el contrario, póngase á los infieles el tributo lo mismo que á los cristianos, y el misionero verá coronados sus trabajos; y si esas cargas que se impongan á los infieles, para equiparlos con los cristianos, son dispensadas, por algunos años, á los que se reducen á la vida social y religiosa, excusado es decir que el resultado será doblemente satisfactorio é inmediato.

No se me oculta que algunas personas opinan que no se debe poner tributo á los infieles, fundados en que se remontarían más, y en que, según dicen, son pobres, y no podrían reunir el tributo que pagan los cristianos. La primera razón no tiene fuerza alguna, pues en la cordillera central de Luzón hay suficientes destacamentos de fuerza, de los cuales no pueden huir; si huyen de uno irán á parar en manos de otros.

Además, aún concedido el supuesto de que alguna ranchería se remonte, ó que ponga resistencia y ocurra, por consiguiente alguna desgracia, á parte de que también ahora ocurren desgracias, todo eso será insignificante ante el bien que se conseguirá.

En segundo lugar, dicen que los igorotes son muy pobres. A esto debo contestar, respecto á la comandancia político-militar de Itaves, que sus habitantes pueden pagar perfectamente, y prueba de ello es, que en la actualidad pagan muchos de ellos medio peso, otros un peso y otros peso y medio, si bien las cajas del erario público sólo perciben un real fuerte, si es que lo perciben... Los calingas tienen muchos medios para satisfacer la cantidad que pagan los cristianos: unos tienen arroz sobrante, que en los pueblos del valle se lo pagan á razón de cuatro pesos cabán; otros cacao y tabaco muy bueno; hay rancherías que tienen manadas de vacas, carabaos y caballos; y muchos se dedican á la caza de carabaos, cimarrones y venados, cuya carne

seca ó hecha *tapa*, venden en los pueblos cristianos. Tienen además otros muchos medios por los que pueden adquirir con facilidad la cantidad que deban satisfacer. Esto con respecto al distrito de Itaves.

En cuanto á las demás comandancias, me consta por lo que he visto, y sobre todo por relación de los que conocen perfectamente el territorio de Quiangan y Apayaos, que pueden pagar el tributo, si bien con alguna dificultad, sobre todo los quianganes.

Después de lo expuesto, aun concediendo que haya rancherías é individuos pobres, lo que procede es que se creen cédulas gratis para ellos; ó mejor, que trabajen un poco más de lo que trabajan en la actualidad, y de ese modo no serán pobres; pero no que contra todo derecho se deje á los infieles libres de las cargas que pesan sobre los cristianos, ó que se les imponga una cantidad insignificante, sucediendo de ese modo lo que con la cantidad de un real fuerte que el Gobierno impuso hace años.

Si se quiere imponer el tributo, se ha de hacer de modo que por ahora paguen una pequeña cantidad, que deberá aumentarse paulatinamente, según lo dicte la prudencia. La cantidad que se podrá imponer por ahora es de cuatro reales fuertes para unos, y dos reales para otros, creándose cédulas personales de cuatro reales, de dos, y cédulas gratis. Sin estas cédulas no se debe permitir á ningún calinga transitar por los pueblos cristianos, evitando de ese modo muchas desgracias y robos.

Debe imponérseles también el trabajo comunal; trabajando veinte días los que pagan cuatro reales de tributo, treinta los que pagan dos, y algunos días más los que, no estando imposibilitados para el trabajo, no pueden pagar el tributo por falta de recursos.

Aceptando el plan que acabo de exponer muy por alto, ú otro semejante en su espíritu, no dudo que dentro de algunos años en la cordillera central, considerada hasta la fecha como bosque impenetrable poblado de seres que más que hombres son fieras, tendrá España miles de verdaderos súbditos, y la Iglesia fieles que eleven su corazón á Dios.

Haga V. R. lo que pueda en pro de la idea que dejo expuesta, y no dudo que el excelentísimo señor Capitán general, con su buen criterio, atenderá las razones y pondrá remedio al mal que de todos es conocido, pero que nadie lo remedia.

¿Qué me dice V. R. sobre la aprobación de esta Misión? Tres años han transcurrido desde su fundación, y hasta la fecha no ha llegado su aprobación, y por consiguiente tres años sin estipendio, aquí donde tantos gastos se han hecho, sobre todo en la construcción de convento é iglesia. El infierno parece poner todas sus fuerzas para destronar la cruz de estos montes. En tres años que lleva esta Misión, ha habido cuatro incendios que me hicieron temer mucho por el convento é iglesia, y tres báguos, todos ellos de bastante intensidad, los cuales derribaron la iglesia y dejaron muy mal el convento, por lo que hubo de hacerse algún gasto en arreglar la casa, hasta construir de nuevo iglesia y convento. A principios de este año comencé las obras, y gracias á Dios, ya tenemos un edificio con buenos



harigues y techo de hierro, si bien tardará algo en concluirse por las muchas dificultades con que aquí se tropieza.

Después de tanta desgracia, nada extraño es se hayan duplicado los gastos que ha hecho la Corporación para la fundación y sostenimiento de esta Misión. Por todo doy á V. R. las gracias, y los angelitos que volaron al cielo recibiendo el agua del bautismo en su agonia, rogarán á Dios por la Provincia, por V. R. y por esta Misión.

Recibí las ropas y altar portátil que V. R. destinó á esta Misión, procedentes de la Asociación de señoras auxiliadoras de las Misiones. El altar portátil nos es de suma utilidad, pues sin él me era imposible salir á rancherías lejanas con la detención debida, so pena de que-

## LAS MISIONES CATÓLICAS DE MARRUECOS

Habiéndose atrevido un orador, con escándalo de todos los buenos, á bablar de una manera incalificable de los misioneros de Marruecos, el Rdo. P. Fr. José María Pusal, misionero franciscano, le dirige desde Tánger, con fecha 25 de Mayo último, una contundente carta que publica un diario católico de Madrid, de la que extractamos lo siguiente:

AUNQUE tarde, también yo me he enterado de los ataques que V. se ha servido dirigir á las Misiones católico-españolas de Marruecos. Era muy natural que habiéndose V. mostrado tantas veces enemigo de la Religión católica, quisiese aparecer también enemigo de los frailes, especialmente de estos frailes



AFRICA ORIENTAL.—Un encuentro cerca de Dyipé. (Pág. 279)

darme sin Misa algún día festivo, como me ha sucedido alguna vez.

Las ropas son también de gran importancia para el adelanto de estas gentes, porque fuera de las rancherías inmediatas á la Misión, en las restantes no se puede penetrar sin llevar ropas que repartir, para cubrir la desnudez de esas pobres gentes, sobre todo en las mujeres; atendiendo de ese modo, primero á la decencia, y en segundo lugar á que aprendan á llevar saya y camisa: luego les entrará la afición y se procurarán ropas, como hacen otras rancherías. Un millón de gracias á esa piadosa Asociación de señoras de generosos sentimientos y corazón cristiano: Dios premiará el inmenso bien que con tan benemérita obra hacen esas señoras.

que aquí están, desde el siglo XIII, viviendo primeramente en las cárceles, en los hospitales y en las mazmorras, dedicados por completo á la asistencia de los infelices cautivos, y más tarde y ahora cuidando y sirviendo con la mejor voluntad y sin ninguna remuneración á seis ó siete mil cristianos, de los cuales más de las tres cuartas partes son compatriotas nuestros, casi todos muy pobres, que habiendo venido á esta tierra á ganarse la vida, cuando no la pueden ganar, que es la mayor parte del año, acuden á la Casa-Misión en busca del vestido para cubrir sus carnes y del pan que ellos y sus hijos necesitan para no morir, y aun han hecho y hacen más estos frailes, por ejemplo, instruir *gratis et amore*, sin aparato y sin reclamos de ninguna especie, á los niños y á los jóvenes en todos aquellos conoci-



mientos útiles que sólo se adquieren en los colegios mejor montados de Europa, enseñándoles, además, latín, árabe, inglés, francés, música y otras materias que V. no ha enseñado nunca á sus discípulos.

¿Y todavía creará V. que los misioneros no sirven en Marruecos para cosa de provecho? Pues en este punto, como en otros muchos, no opina V. como sus correligionarios los republicanos franceses, que buenas ganas tienen de meter en este país á los misioneros de su nación, y lo hubieran conseguido hace tiempo si estos pobres frailes no fuesen tan españoles.

Siga V., pues, dirigiendo sus ataques á pacíficos ciudadanos, que ningún daño han hecho á V.; siga confundiendo con los presidiarios y con lo más abyecto de la sociedad; siga pidiendo en el club, en el café, en todas partes que no se envíen misioneros á Marruecos, aunque esos misioneros sean los mismos que ahora han ido á Melilla á ejercer su celo y caridad en los hospitales, y hermanos de aquellos que, por practicar tan santa y hermosa virtud con nuestros héroes de la campaña del 60, murieron del cólera en Tetuán... Mientras V. nos trata con tanto rigor; mientras V., en nombre de la libertad, nos niega el agua y el fuego, y hasta el aire para respirar; mientras V. quisiera vernos sepultados en el abismo y no sé si arrastrando grillos y cadenas como los criminales, los moros, los judíos, los protestantes, los católicos, todos los hombres honrados y de juicio que nos conocen, y hasta algunos racionalistas y librepensadores como V. que han estado aquí nos hacen justicia, nos elevan hasta las nubes, nos bendicen, nos llenan de elogios, y váyase lo uno por lo otro.

Por lo demás, no le preocupe á V. la idea de que la presencia de los misioneros pueda excitar el fanatismo y despertar los odios y rencores de los sectarios de Mahoma, porque los que esto dicen, ó faltan á la verdad á sabiendas, lo cual no quiero suponer de V., ó desconocen por completo las leyes, las costumbres, el modo de ser y de pensar de los musulmanes.

Precisamente los frailes son los *únicos* cristianos á quienes los moros no miran con desconfianza y prevención, porque les conocen de antiguo; los frailes son los *únicos* cristianos que pueden viajar por Marruecos sin soldado de rey y con toda seguridad, y así han viajado siempre, lo mismo en los siglos pasados que en el presente, y en todas partes han sido bien recibidos; los frailes son los *únicos* cristianos que en esta tierra no pagan tributos ni derechos de Aduana desde hace por lo menos trescientos años (1); los frailes, en fin, son los *únicos* cristianos que por su buen comportamiento han merecido ser favorecidos por los sultanes, aun por los más sanguinarios, como Muley Ismael, con privilegios tan extraordinarios como no pueden conseguirlos

hoy los representantes de las naciones civilizadas. En el archivo de esta casa de Tánger existen más de 100 cartas xerifianas y otros documentos muy antiguos y muy hermosos que prueban el aprecio en que los moros tuvieron siempre á los frailes. Y para mayor abundamiento, ¿le parece á V. poco significativo el hecho reciente de haber enviado Muley Hasán, el soberbio *Amir el mumenin* ó *príncipe de los creyentes*, una lucidísima Embajada á cuyo frente iba nada menos que el ministro Mohamed Torres y el exbajá de Tánger, Sid Abdessadak, al Jefe del Cristianismo, á Nuestro Santísimo Padre León XIII, con el exclusivo objeto de felicitarle por el quincuagésimo aniversario de su consagración sacerdotal? Pues bien: ese acontecimiento sorprendente, ese suceso casi prodigioso, nunca visto en los tiempos pasados y único en la historia de este Imperio, se debe en absoluto á los frailes; lo cual prueba que los moros tienen en ellos plena confianza y no les miran tan mal como á V. le ha pasado por la cabeza.

Lo que los moros miran muy mal, lo que los moros no pueden sufrir, es que haya en el mundo ateos, racionalistas, librepensadores, indiferentes y descreídos, de todos los cuales bien pronto darían cuenta si en su mano estuviese el exterminarlos. Los moros quieren que los hombres reconozcan su pequeñez y alaben la



(1) Esta gracia ha sido concedida también en estos últimos tiempos á los diplomáticos.



grandeza y omnipotencia de Dios; les gusta tratar con gente religiosa, y por eso saben distinguir entre los cristianos buenos y los malos, entre los cristianos que van á la iglesia y los que viven y mueren fuera de ella.

## EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

### XIV.—En el lago Dyipé

*Perdidos y encontrados.—El antilope.—Dicha de la primitiva edad.—Ruda jornada.—Alarma.—Dyipé y sus orillas*

AUNQUE desde un árbol se distingue perfectamente el lago Dyipé, parece que para llegar á él hay que andar por lo menos diez ó doce horas, lo que es excesivo para una sola jornada, con la carga que lleva nuestra caravana. Resuélvese, pues, ir á pernoctar en el desierto de Kizingo.

Dejando á nuestros cargadores que prolonguen su descanso, á las dos nos adelantamos con algunos que nos son adictos. Como nos han dicho que sólo hay un sendero, lo seguiremos hasta la puesta del sol, y allí donde nos detengamos, más pronto ó más tarde se nos reunirá la caravana.

Confiados en tales informes, tomamos la delantera; mas el sendero se inclina de tal suerte á izquierda, que al fin se nos hace sospechoso, y nos detenemos para descansar y deliberar. A poco rato el guía nos grita desde lejos que estamos perdidos, pues sin advertirlo hemos tomado el camino de Arusha, que pasa á Lo-Ndjaro, entre el Sanghi y el Gweno.

Al momento buscamos á través del bosque la verdadera senda que debe conducirnos al Dyipé. Felizmente las hierbas no son muy altas, la marcha es relativamente fácil, y por un terreno que sólo habitan algunos rebaños damos con el verdadero camino.

Como nos hemos adelantado mucho á la caravana, y las provisiones se agotan, el Ilmo. Courmont me invita á cazar alguna pieza, comisión que acepto con mucho gusto. Parto con el fusil, y poco á poco me encuentro solo y lejos en presencia de un rebaño de grandes antílopes llamados *po-fu* (*Boselaphe Canna*). Son quince ó veinte, con el macho á la cabeza, soberbio animal de flotante crin. Inmediatamente me dirijo hacia ellos ocultándome detrás de los arbustos y las desigualdades del terreno, deslizándome y arrastrándome. ¡A cuántas bajezas no se expone el hombre para vencer á la bestia!

Llego por fin al lecho seco de un torrente, y á doscientos metros del rebaño. Hago un disparo, y ¡dispersión general! El macho se va por su lado hacia el monte, abandonando cobardemente á su interesante familia, que desfila en dirección del lago. Me lanzo en su persecución, y advierto que un antilope galopa á parte, se retira de la banda, descansa, prosigue la marcha, y vuelve á descansar. De lejos le envío una segunda ba-

la, y mientras los otros huyen á todo escape, el pobre animal da algunos pasos, lentamente y como postrado de fatiga, me mira y se tiende en la pradera. Es un animal soberbio, mayor que un buey, pero menos grueso y más elegante; negro y con manchas blancas, cuernos rectos y largos, grandes ojos negros... Con vivo sentimiento de piedad y casi de remordimiento le doy el golpe de gracia.

Pero ¿qué hacer ahora? La caravana está lejos, tampoco se ve la vanguardia, y si me voy en su busca ¿cómo encontraré el antilope en este desierto donde todo se parece? Ato un pañuelo rojo al extremo de mi fusil, y lo levanto haciendo señales...

Casi al mismo tiempo se destaca en el horizonte Abdallah: ha oído los disparos, y echando al suelo la carga acude «con toda diligencia», como dice el Reglamento, con un largo cuchillo en la mano. Sin examinar si el animal vive todavía, el hijo del Islam busca el Norte (la dirección de la Meca), se decide por el Sur, y murmurando la oración prescrita, que olvida en su emoción, corta el cuello de la víctima. A poco cantando y bailando llega la caravana: el entusiasmo es general. Nada de disputas ritualistas, ni de discusiones, ni de distinciones entre puros é impuros.

—¡Carne mala! digo á un fiel musulmán; el animal estaba muerto al degollarlo.

—¡Oh! responde con convicción; muerto por de fuera, tal vez; pero seguramente vivía aún por dentro.

Pernoctaremos aquí, en pleno desierto, toda vez que en pleno desierto nos envía la Providencia nuestra cena.

Con sin igual entusiasmo los bagajeros amontonan los paquetes y organizan el campamento, arman tiendas, buscan leña y descuartizan el animal. Cada cual recibe alimento para más de tres días. ¡Lástima que escasee el agua! A medida que cierra la noche nos reunimos en grupos al rededor de las hogueras, y después de comer buenas tajadas, nuestros cargadores hablan, ríen, cantan, refieren historias y se tienden en la hierba, mientras sopla el viento de la montaña, y el olor de carne asada se mezcla al perfume de la madera odorífera que arde; y el sentimiento íntimo de la soledad, de la hermosa independencia y de la vida salvaje y primitiva, presta á esta escena africana algo de inefablemente grande y dulce. En Europa hemos de tal suerte complicado nuestra miserable vida, en este fin del siglo XIX especialmente, que en realidad se hace cada vez más enojosa y difícil. Buscamos la dicha, y aun la buscamos con frenesí, pero la hacemos consistir en tantos elementos, que siempre faltan algunos. ¡Bienaventurados los sencillos! ¡Paz á los primitivos! Vayan los jóvenes de Europa á los deslumbradores teatros, agobiados por el hastío, las miserias y la esterilidad de su vida; diviértanse como de encargo en los dorados salones, haciendo ostentación de sus galas, y entregándose á fatigosa danza: nosotros, por lo menos esta noche, gozaremos á nuestro sabor de la dicha de las primeras edades. ¡Dios en nuestros corazones, montones de carne á nuestros pies, la paz en el alma y entera libertad!



Así transcurren las horas, y nuestros hombres, que en tales circunstancias gozan grandemente la dicha de vivir, poco ó nada han dormido, y sorpréndense cuando el día siguiente nos levantamos á las tres para asistir á la Misa que el Ilmo. Courmont celebra como de costumbre en su tienda. Toman entonces el partido de acostarse, aunque un poco tarde, pues á las cinco todo el mundo está en marcha.

La jornada es sobremanera ruda. Al extremo del desierto de Kizingo empieza la antigua cuenca del Dyipé, de donde al parecer se han retirado hace mucho tiempo las aguas, pero habiendo dejado huellas perfectamente visibles. Este lago debió ser muy extenso: poco á poco ha perdido parte de sus aguas, y quizá las pierda todavía, como se advierte en la mayor parte de los lagos africanos, el Ngami, el Tanganika y aún el Victoria-Nyanza: hay que resignarse al hecho que se está comprobando, desagradable especialmente para los que vivirán dentro diez mil años: Europa se enfría, y el Africa se seca.

Aquí, en el antiguo lecho del lago, las finas gramíneas ceden poco á poco su lugar á una vegetación especial de plantas enemigas cuyos frutos pican, cuyas hojas cortan y cuyas espinas se introducen en los pies. No hay señal alguna de camino, y vamos á la ventura dirigiéndonos hacia un bosquecillo que el guía nos ha indicado, y que parece de lejos una colina. Como cerca del lago hay profundos hoyos ocultos por las hierbas, damos un rodeo para llegar al medio día en terreno sólido, donde nos contamos: somos seis, nosotros tres, el anciano Selimán, el guía y un niño. El resto anda disperso por el desierto, entre las hierbas y en lo profundo de los hoyos.

Continuamos la marcha, fatigados y silenciosos, con la mirada fija en el bosquecillo en que gozaremos por fin frescura y descanso. El sol es abrasador, la brisa nula, el aire embalsamado, y desnudo el suelo. Entre tanto nosotros andamos y más andamos, cuando súbitamente, de debajo de una miserable mimosa que hay á nuestra derecha, parte un ruido sordo, algo así como un gruñido, al mismo tiempo que se agita una masa que no tarda en hallarse en pie, presentando á nuestras atónitas miradas un magnífico ejemplar de viejo león, amarillo y melenudo, pero poco satisfecho de verse interrumpido en su siesta, y de aspecto repulsivo. Da tres ó cuatro pasos lentamente, como para tomar aire, agita con suavidad su gruesa cola, nos mira fijamente, con la cabeza alta, y lanza un rugido prolongado y terrible. (*V. el grabado de la pág. 276*). Llegó la hora de encomendar á Dios el alma y de hacer frente al enemigo.

—¡Pronto mi fusil! digo al guía.

Mas éste, juzgando que si me entrega el fusil quedará con las manos vacías, no se apresura á cumplimentar la orden.

—¡Atención! exclama luego el P. Augusto. ¡Se marcha!

—¡Valiente león! añade el Ilmo. Courmont.

El rey de los animales, en efecto, viendo ante sí seis hombres á pie firme, con doce ojos fijos en los suyos, juzgando que la lucha sería harto desigual, retrocede

lentamente, es cierto, con sobrada lentitud, pero al fin retrocede, mientras que los seis hombres le dejamos gustosos que cometa este acto de cobardía que nos viene de perlas... Todos, sin embargo, somos de parecer que no hubiéramos salido tan bien del lance á ser menos numerosos ó si entre nosotros uno ú otro hubiese emprendido la fuga.

Al desaparecer el león continuamos nuestro camino, olvidando el sol, la fatiga, la sed, comunicándonos nuestras impresiones, y felicitándonos mutuamente por no haber cedido un paso ni habernos desconcertado un punto, debido tal vez á lo instantáneo de la sorpresa. Empero apenas habíamos dado algunos pasos cuando de nuevo las hierbas se agitan, y en el acto el guía se detiene asustado: algo se mueve entre las piernas de nuestro viejo Selimán, que lleno de terror cae de espaldas, soltando á la vez el cesto, la cacerola y la carabina. ¡Tratábase de una liebre! (*V. el grabado de la pág. 277*).

Un cuarto de hora después de esta doble alarma llegamos al bosquecillo de acacias, cuyo follaje forma como una bóveda, y que nos ha servido de guía. Poco á poco llegan todos nuestros cargadores, y se instala el campamento.

Merecemos por cierto algún descanso, y lo gozamos el día siguiente algo más adelante, en un punto donde el lago, casi desembarazado de las altas hierbas y cañaverales que lo rodean, es más accesible para que en él podamos tomar un baño en compañía de los hipopótamos, que teníamos á la vista.

El Dyipé, ó, como pronuncian las gentes de Toveta, el I-pé, es una sábana de agua relativamente poco profunda, de unos cinco kilómetros de ancho por dieciséis de largo, de Norte á Sur. Su altura es de setecientos treinta y siete metros sobre el nivel del mar, cifra que puede considerarse como la de la pendiente total del Ruvan, que después de haber reunido las corrientes de la vertiente meridional del Kilima-Ndjaro, va á echarse en el Océano Indico, en Pangani. Efectivamente, el lago Dyipé está formado por uno de los afluentes de este río, del cual es sólo una expansión: el Lumi de los tchagas, el Mluro de los tovetas. Esta corriente de agua, engrosada con todo el excedente que sale del oasis de Toveta, del río Kitito, que recibe á izquierda, y en la estación de las lluvias, de otro torrente, Lo-Njaro, que baja de las montañas de Taita, este caudal de agua viértese al Norte en el Dyipé, del que sale casi en la misma dirección, un poco hacia el Oeste, formando un pantano difícil de franquear: así preferimos andar por la orilla oriental del lago, en la que acampamos.

Por esta parte la llanura se extiende hasta la montaña de Taita, con sólo algunas colinas calcáreas hacia el Nordeste; pero por la orilla opuesta se elevan hasta dos mil metros las bellas montañas de Gweno, con bosques en la cumbre, y cultivadas y pobladas. Fuera de allí no hay más que extensa llanura, toda ella árida y desierta.

Al rededor del lago apenas se hallan otra cosa que acacias, altas mimosas de flores odoríferas, de hojas delicadas y fuertes espinas, y en el agua arbustos, ca-





AFRICA ORIENTAL.— El lago Dyipé y el Kilima-Ndjaro

ñas, papiros y ciperáceas diversas (1): también hay multitud de conchas interesantes, algunas de especie particular. Abundan los peces, pero son poco variados y no muy finos: siluroides y ciprinoides, como en todos los riachuelos que bajan del monte y forman el Ruvan. No faltan allí cocodrilos, lo mismo que en el lago Tchara, que ocupa más arriba de Toveta un antiguo cráter. En cuanto á los hipopótamos, de día se huelgan en el lago con toda libertad, y por la noche se reúnen en los cañaverales ó entre las altas hierbas. Sus caminos sirven á nuestros hombres como de largos corredores, por donde van á tomar agua del lago, que en estos sitios es espesa, lodosa, verde y de mal gusto. Para no absorberla de esta suerte, llenamos un cubo, en el que echamos una pulgada de alumbre pulverizado, y después de agitar bien con un palo, los detritus de todo género no tardan en precipitarse; de suerte que, con asombro de nuestros hombres, podemos beber agua clara. A los viajeros africanos y otros que carezcan de filtro perfeccionado me atrevo á recomendarles este sencillo sistema.

Los volátiles están aquí representados por numerosas tribus de garcetas, pluviales, ánades, pelícanos y ocas; pero en ninguna parte hemos visto tantas pintadas. A orillas del lago, á través de las cortas gramíneas y en esos terrenos secos y arenosos que les convienen, se ven en bandadas de veinte, treinta y cincuenta, que juntas picotean, corren y van revolotean-

do. Por la noche se retiran á los árboles. Hemos cazado algunas, y pudiéramos haber hecho en ellas una verdadera matanza.

Los alrededores de Dyipé pueden ser considerados como el paraíso del cazador, toda vez que extensas llanuras, rebeldes al cultivo, sirven de asilo á numerosas bestias. Dispersas en vastos terrenos, su punto de reunión es el lago, donde van á beber por la noche, para internarse luego en sus soledades. Un simple paseo bajo las acacias que rodean nuestro campo nos hace despertar á más de un búfalo, y en el temor de sufrir un asalto, para el que no estamos suficientemente armados, nos obliga á replegarnos luego en buen orden. En nuestra penosa marcha á través del Kizingo y más allá, á cada momento aparece á nuestra vista la forma extraña de la girafa, el pelaje brillante de las cebras, y las especies variadas y á veces elegantes de los antílopes africanos: de vez en cuando vemos avestruces que se mantienen á larga distancia. Estos avestruces son de una especie nueva, que hace muy pocos años ha sido descrita.

Pero ¿dónde está el Kilima-Ndjaro? ¡Tan grande y tan poco visible! Ciertamente lo vimos al entrar en el desierto, después de haber pasado las últimas montañas de Paré; pero fué solo un momento, y nos lo ocultan desde entonces las nubes.

Nos resignamos, pues, á no contemplar el Kilima-Ndjaro hasta que estemos en su falda. El segundo día

(1) *Encyperus, Scirpus, Sceleria, Carex*, etc.



de nuestro campamento, poco antes de ponerse el sol, queremos tomar un baño en el Dyipé, y apenas hemos pasado el cañaveral que lo bordea nos oculta la vista del lago, no podemos contener una exclamación: ¡el Kilima-Ndjaró!

El espectáculo que se ofrece ante nuestros ojos es de los que nunca se olvidan. Sobre el fondo de un cielo enteramente azul, se destaca á lo lejos como en un vigoroso cuadro el inmenso perfil de la montaña maravillosa, presentando dos picos: uno á izquierda algo redondeado y de brillantez deslumbradora, es el Kibo, el gigante africano, que levanta á más de seis mil metros su cabeza cubierta de nieves perpetuas; el otro, á derecha, más cerca de nosotros, negro y terrible, con sólo algunos puntos blancos, es el Kima-wenze, que sólo tiene cinco mil trescientos metros, pero que visto desde aquí parece igual al otro. A causa de la posición que ocupamos, casi no se advierte la meseta que une los dos gigantes, y no se distinguen peñas, bosques, valles ni eminencias aisladas: los dos cráteres parecen sostenidos por un pedestal enorme, como para servir de can-



AFRICA ORIENTAL.—Acacias de las orillas del lago Dyipé  
(Pág. 279)

delabros encendidos en el curso de los siglos á la gloria del Creador. Los masaias pastoreando sus rebaños por las sábanas africanas, al contemplar esa maravilla que por todas partes aparece en su horizonte, la han llamado «la Casa de Dios.» ¡Ojalá podamos nosotros convertirla en altar!

En este momento todo contribuye á representárnosla como tal. Abajo, en los contrafuertes habitados, de las grandes hogueras de hierbas secas que en esta estación

encienden los indígenas en sus campos, se elevan blancas humaredas en el aire puro de la tarde, como si procediesen de incensarios puestos al pie de la montaña.

Aquí, más cerca, á la parte opuesta del lago, el sol de Africa descende como un disco rojo arrastrado por



AFRICA ORIENTAL.—Peces del lago Dyipé ( $\frac{1}{3}$  del tamaño natural). (Pág. 280)

su peso, y se le ve hundirse rápidamente detrás de una larga cordillera de colinas pintorescas, cubriendo á unas el indigo más sombrío, á otras el más claro azul, y en todas partes, sobre los pimeros contrafuertes del Kilima-Ndjaró, sobre la cordillera de Paré, sobre la línea de árboles de la ribera, y sobre el lago mismo, en la inmensidad del cielo donde no se ve una sola nube, vierte la gama admirable de todos los colores que se confunden y pasan de una á otra con matices de suavidad inimitable, en los que se admira el verde, el azul, el púrpura, el violeta, el anaranjado, el ópalo y



AFRICA ORIENTAL.—Conchas del lago Dyipé  
(tamaño natural). (Pág. 280)

el esmeralda. Como para completar este cuadro soberbio que la mano del Creador pinta en el mismo punto desde hace siglos, he ahí delante de nosotros la masa del Kilima-Ndjaró proyectándose en las aguas tranqui-



las del Dyipé, unidas como un espejo, mientras que desde lo alto de las mimosas los insectos preludian tímidamente su canto nocturno, y que las aves acuáticas al volver á sus moradas pasan lentamente por la superficie del lago, mientras del fondo de las sábanas distantes acércanse multitud de rebaños para beber en el receptáculo que les tiene preparado la Providencia.

¡Inolvidable espectáculo que el silencio de la soledad, las sombras cada vez mayores del crepúsculo, la inmovilidad de toda esta naturaleza tropical cubren como de un recogimiento religioso y penetrante! ¡En medio de este silencio, la oración sube espontánea hacia Dios, que nos llama de tan lejos á dar ahora su nombre y su palabra á los testigos seculares de estas maravillas!

## VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

### XXV

#### La iglesia de la Transfiguración

LA grande y antigua basílica de la Transfiguración, levantada sobre el emplazamiento de la zarza ardiente, es uno de los más venerables santuarios del mundo. Edificada en el centro del monasterio y separada de todas las demás construcciones, á todas las domina, como si el convento entero fuese para ella; así los monjes la custodian con celoso esmero. No nos permiten entrar en ella sino con buena guardia, y siguiéndonos paso á paso.

Exactamente orientada á Levante, como todas las iglesias griegas, se sube á ella por una ancha escalera exterior, paralela á la fachada. Grandes letras griegas grabadas en el frente de los escalones dan en su conjunto el nombre del superior que la hizo construir, Jakobos. Frente de la escalera, entre la fachada y el muro de cerca, muéstrase el pozo del encuentro de Moisés con las hijas de Jetro (1). Esta fuente alimenta en el exterior del recinto un receptáculo subterráneo, que provee de excelente agua á los beduinos del contorno.

Antes de penetrar en la iglesia hay que atravesar un vestíbulo cerrado, un *nartex*, que ocupa toda la anchura del edificio, como un San Pedro de Roma y en las grandes basílicas griegas. La puerta de la iglesia es una obra maestra del arte antiguo. Sus inmensas hojas de dos metros y medio de ancho por cuatro ó cinco de alto, están cubiertas de ricos adornos de bronce, variados al infinito, ó de esmaltes de incomparable delicadeza. A izquierda de la puerta una soberbia pila de mármol blanco con adornos de plata está destinada á recibir el agua santa, bendecida una vez al año, en el día de la Epifanía.

¡Cuán imponente, bella y espléndida al primer golpe de vista es la basílica justiniana, con sus columnas de

ricos capiteles, su pavimento de mármol de colores y pórvido sináptico, su ábside cubierta de mosaicos, su techo de vigas doradas, con tableros de verde y oro, sus cuarenta lámparas de plata, sus diez grandes arañas, sus tapices y mil y mil adornos! Todo esto parece aun más bello, cuando se viene del desierto y se encuentra en un sombrío monasterio.

La nave del centro, más elevada que las laterales, está sostenida por doce columnas, imagen de los Apóstoles sosteniendo la Iglesia de Dios. La más cercana á la puerta ostenta una rodela de hierro con una cruz de relieve: las restantes sólo tienen una cruz pintada en la capa que se ha dado á su fuste, deslucido por los siglos. Los monjes nos dijeron que estas cruces señalan á su veneración las numerosas reliquias ocultas en los pilares. En otro tiempo cada columna ostentaba las imágenes de los Santos cuyos restos contenía, y un día cada mes se hacía sucesivamente la fiesta de cada grupo de reliquias.

Como en todas las iglesias griegas, el coro está cerrado por un rico iconostasis de madera dorada, llena de cuadros moscovitas.

La Santa Eucaristía se conserva fuera del altar, en el fondo del ábside, en una urna de mármol fija en dos gradas, primitiva costumbre de la que todavía se ven vestigios en varias iglesias antiguas de Roma. El Jueves Santo se encierran las Sagradas Especies en la urna, que no vuelve á abrirse sino para dar el Viático á los moribundos: las Santas Hostias no se renuevan en todo el año.

Desde el punto de vista del arte antiguo nada es tan notable como los mosaicos del ábside, obra del siglo VII ú VIII, inferior apenas á las obras maestras del mismo género que se admiran en Santa Sofía de Constantinopla y en San Marcos de Venecia.

El mosaico del circuito del ábside representa la Transfiguración del Salvador, antigua advocación de la iglesia: Jesús bajo el aspecto de un joven sube al cielo; Moisés y Elías lo muestran á los Apóstoles, y Pedro en el suelo, y Santiago y Juan de rodillas miran estupefactos y asombrados. Al rededor del cuadro, en una guirnalda de medallones, hay los doce Apóstoles, los dieciséis Profetas bíblicos (salvo que Jonás es reemplazado por David), y entre las dos series, el santo superior ó igumeno del monasterio, el sacerdote Longin. Todo está sobre fondo de oro, en el que se ven escritos los nombres de los personajes al lado de su figura.

En medio de la bóveda que cubre el ábside se ve la zarza ardiendo; á la derecha Moisés quitándose el calzado; á la izquierda el mismo llevando las tablas de la Ley, y en el fondo la montaña del Sinaí.

El más preciado tesoro para los monjes, de que se glorían al par de la Zarza ardiendo, y que les conserva las simpatías de Rusia, y les atrae los peregrinos y ofrendas del gran imperio del Norte, son los preciosos restos de Santa Catalina, virgen, filósofa y mártir de Alejandría. «Su cuerpo fué llevado por los Angeles al monte Sina en Arabia,» dicen el Martirologio y el Breviario romanos.

Fuó martirizada bajo el emperador Maximino, por

(1) Exod. II.



los años 237. Los cristianos buscaron desde luego su cuerpo para enterrarlo; pero no lo encontraron, y durante tres siglos nadie supo lo que había sido de él. Después de este tiempo Dios hizo conocer al superior del convento del Sinaí, varón piadoso y verdaderamente padre de sus monjes, que en las montañas vecinas se ocultaba un precioso tesoro para la Iglesia de Oriente y Occidente, y que debía buscarlo con sus Religiosos.

Partieron para hacer una exploración, y hallaron en una caverna muy elevada un anciano desconocido, que les dijo:

—También yo he recibido varios avisos para buscar este tesoro de la Iglesia de Dios; pero temía fuese un artificio del demonio para hacerme salir de mi retiro. En vuestra compañía nada temo. Subamos á aquella alta montaña, donde con frecuencia he visto brillar una luz: en su cumbre debe haber algo de divino.

Mostróles el pico más alto de la península, el Djebel-Katherin, no muy distante, al Sud del Sinaí.

Los monjes siempre habían considerado esta montaña como inaccesible: sin embargo, tras muchos esfuerzos alcanzaron la meseta, donde hallaron incorrupto el cuerpo de una virgen, depositado en un hueco de la peña. No cabía duda que éste era el tesoro prometido. Pusieron en oración dando gracias á Dios, y pidiéndole les manifestase el nombre y los méritos de la Santa. Mientras oraban subió por las rocas otro viejo solitario, que les dijo:

—Hermanos míos, el Señor me envía para deciros el nombre, la vida, los méritos y la gloria de esta virgen, y cómo los Angeles la transportaron aquí, guardándola hasta hoy.

Luego les mandó trasladasen el santo cuerpo á su monasterio de Santa María de la Zarza ardiendo; «pues, añadió, se vendrá de las extremidades de la tierra á venerar este precioso depósito.» Besó devotamente el cuerpo, y, bajando rápidamente la montaña, desapareció para siempre.

Tal es la historia que nos refirieron los monjes, y tal el relato que nos han dejado los peregrinos de otras épocas (1).

El sepulcro de la Santa hállase en el extremo Sud del semicírculo absidal: es un sarcófago de mármol blanco adornado con bajorrelieves, uno de los cuales representa dos ciervos postrados ante una cruz griega. A lo que parece, hay ceremonias prescritas para abrir el sepulcro y venerar las sagradas reliquias. Casi toda la Comunidad estaba en círculo, cantando himnos, oficiando el Padre Sacristán, quien abrió el sarcófago, y sacó dos hermosos relicarios de metal dorado; que expuso sobre una mesa entre luces. Uno de los relicarios contiene la cabeza de Santa Catalina, sin cabellos, y el otro una mano cubierta aún con piel arrugada. Nos los dió á besar después de algunos instantes de oración.

Estos dos relicarios son casi todo lo que resta en el Sinaí del cuerpo de Santa Catalina: las otras partes del cuerpo han sido cedidas en el transcurso de los siglos á ilustres bienhechores del convento ó enviadas á Rusia.

Al fin de la ceremonia el Padre Sacristán nos ofreció

á cada uno una bolita de algodón y un sortija plateada que habían tocado las santas reliquias. En estas sortijas, muy estimadas en Rusia, hay el monograma del convento, en el que puede leerse *Aikatheria*, nombre de la Santa entre los griegos.

Nada hay que notar de las numerosas capillas laterales de la basilica, construcciones sin estilo, añadidas al edificio, y que comunican con las naves sólo por simples puertas.

## XXVI

### La capilla de la Zarza ardiente

La hermosa basilica de la Transfiguración no es, por así decirlo, más que el vestíbulo de un más antiguo y venerable santuario, especie de *Sancta Sanctorum* en el cual no puede penetrarse sino después de quitarse el calzado. Hablamos de la antigua capilla levantada sobre el emplazamiento de la Zarza ardiente, detrás del ábside y en el eje de la basilica.

«Empleábase Moisés en apacentar las ovejas de su suegro Jetro, sacerdote de Madián; y guiando una vez la grey á lo interior del desierto, vino hasta el monte de Dios, Horeb. Donde se le apareció el Señor en una llama de fuego que salía de en medio de una zarza; y veía que la zarza estaba ardiendo, y no se consumía. Por lo que dijo Moisés: «Iré á ver esta gran maravilla, «cómo es que no se consume la zarza.» Pero viendo el Señor que se acercaba ya para ver lo qué era, llamóle desde entre la zarza, y dijo: «Moisés, Moisés,—Aquí «me tienes, respondió él.—No te acerques acá, prosiguió el Señor. Quitate el calzado de los pies, porque «la tierra que pisas es santa. Yo soy, le añadió, Yo soy «el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de «Isaac y el Dios de Jacob.» Cubrióse Moisés el rostro, porque no se atrevía á mirar hacia á Dios (1).»

Para llegar al santuario de la Aparición tenemos que atravesar una especie de sacristía, situada en el fondo de la nave meridional, lugar venerable donde se conservan, detrás de los muros de la nave, los restos de antiguos monjes martirizados por los infieles. Dejamos allí nuestro calzado, y bajando algunos escalones entramos en el augusto santuario, capilla baja, semicircular, en la que sólo caben unas veinte personas, alumbrada únicamente por algunas lámparas. Cubren el suelo ricas alfombras persas, y adornan las paredes azulejos pintados. El altar, que dicese señala el punto exacto de la Aparición, está pegado al muro en el fondo del semicírculo. Como en el santuario de la Anunciación en Nazareth, y de la Natividad en Belén, debajo de la mesa de mármol sostenida por dos columnitas, cuelgan tres lámparas constantemente encendidas, iluminando una rica placa de plata adornada con una cruz que besan los peregrinos. Los monjes nos muestran en el fondo del nicho, encima del altar, una abertura pequeña en forma de aspillera, que un rayo de luz atraviesa una vez al año pasando por la hendidura de una

(1) *Fr. Felicis Fabri Ecagatorium*, tomo II, página 493, Stuttgart, 1843.

(1) Exod. III, 1-6.



peña de la vecina montaña. En la cumbre de ésta han plantado una cruz, y le dan el nombre de Djebel-Salib, el monte de la Cruz.

Hubiéramos querido dirigir prolongadas oraciones á Jesús y María en este Belén del Antiguo Testamento; pero tuvimos que abreviarlas en atención á los monjes que nos seguían, á quienes parecía algo larga nuestra devoción, y que, según vimos luego, habían formado extraño concepto de nosotros. En efecto: habíamos entrado otra vez en la basilica, y mientras desde abajo contemplaba yo el conjunto del edificio, el P. Van Kasteren, que estaba aún en el coro, dirigióse tranquilamente hacia la capilla de la Zarza para examinar un detalle. Al momento tres de los monjes que me rodeaban se lanzaron en su persecución, corriendo con todas sus fuerzas á través de la iglesia, como para detener á un asesino. ¡Infelices!

Según la tradición local la basilica de la Transfiguración fué edificada durante el reinado de Justiniano (527-565). El estilo recuerda efectivamente aquella época, y un reciente descubrimiento ha venido á confirmar esta tradición. Ebers (1) vió en viejos maderos que habían pertenecido al antiguo plafón de la basilica, tres inscripciones griegas que traducidas dicen así:

«Para la conservación de nuestro piadoso rey Justiniano el Grande.»

«A la memoria de nuestra difunta reina Teodora.»

«Señor, á quien adoramos en este lugar, salvad á vuestro servidor Esteban y al arquitecto de este monasterio Ailios y á Nonnas; tened piedad de ellos.»

Parece, pues, que la obra terminó bajo el reinado de Justiniano, después de la muerte de su esposa Teodora, siendo Esteban superior del convento, Ailios el arquitecto, y habiendo trazado tal vez la inscripción el llamado Nonnas.

La capilla de la Zarza ardiente es ciertamente más antigua, como lo indica su construcción, la sencillez de sus formas y el nivel del pavimento, más bajo que el

de la iglesia. Puede muy bien suponerse que es la iglesia donde oró Santa Silvia en el siglo IV.

Como en el tiempo de nuestra ilustre peregrina, los monjes muestran á corta distancia de la capilla una antigua zarza del género *rubus*, cultivada con esmero, que les recuerda la zarza sagrada de la Aparición. Los peregrinos rusos aprecian mucho sus hojas, que veneran como una reliquia.

Evidentemente esta zarza que trepa por la pared del molino del monasterio no cuenta treinta y dos siglos, ni siquiera los mil quinientos años que nos separan de Santa Silvia.

¿Es por lo menos de la misma especie que la Zarza en que el Señor se apareció á Moisés? Lo dudamos. La Vulgata dice *Rubus* y la versión griega *Batos*, pero en el texto hebreo se lee *Seneh*, que significa picante, como la voz árabe correspondiente *sanna*, y no designa ningún árbol en particular. Esta palabra genérica, en

efecto, no puede aplicarse al *Rubus*, pues este espino de nuestros setos no se halla en el Sinaí, ni lo hemos visto en toda la península: además sólo se levanta del suelo apoyada en otros arborescentes, y no forma por sí misma una zarza. Tampoco es la acacia seyal, la acacia gomosa, como se figuran algunos sabios viajeros fundados en el gran número de impenetrables zarzas de acacias que se hallan en la co-

marca. Moisés conocía el nombre propio de este árbol, *chittah*, y en plural *chittim*, y lo nombra veinticinco veces, pues fué el árbol que escogió el Señor para que de su madera se hiciese el arca y el tabernáculo.

## MI DIARIO DE Á BORDO

### DESDE SAN NAZARIO AL CALLAO (PERÚ)

por el Rdo. P. Brunetti, de la Congregación del E. S. y S. C. de M.

#### I.—Camino de las Antillas (continuación)

PROSIGO mi diario, forzosamente interrumpido por nuestras sucesivas escalas en la Punta, Tierra Baja (*V. el grabado, pág. 269*), San Pedro y Fuerte de Francia.



AFGHANISTÁN.—Vista de Cabul. (Pág. 288)

(1) *Durch Gosen zum Sinai.*



He visitado la Punta de Pitra con su magnífica rada, la Tierra Baja, poco importante como centro de población, pero encantadora por sus colinas y soberbios alrededores, que presentan uno de los paisajes más pintorescos que he visto en mi vida.

La isla de Guadalupe conserva casi en todas sus escuelas las Hermanas de San José. El Consejo general continúa asignando al colegio eclesiástico de Tierra Baja, dirigido por nuestros Padres, la subvención que le señaló en 1878. El pueblo es muy pacífico y sinceramente adicto á su Religión.

A las dos de la madrugada del día 22, el *América* fondeó en la rada de San Pedro. Apenas desembarcados pude convencerme de los estragos terribles que causó el ciclón del 18 de Agosto. Los árboles de la plaza de Berlín estaban rotos ó arrancados; los techos de las casas, la mayor parte de cinc, harto indicaban que ni una sola de ellas había sido preservada de los furores del huracán.

A las cinco y media llegamos al seminario-colegio, y pudimos celebrar la Santa Misa en la capilla provisional, á causa de que la grande y hermosa iglesia del establecimiento quedó también casi completamente destruída. Los gigantescos árboles del huerto, palmeras, cocoteros, naranjos, etc., yacían en el suelo.

Pero lo que más demuestra el furor del viento es el espectáculo de la casa Vericelli. Era una magnífica construcción de piedra, de una solidez excepcional, edificada por los Padres Jesuitas hace doscientos años. Las vigas, de enormes piezas de madera incorruptible del país, fueron levantadas y literalmente hechas pedazos.

Al contemplar los espantosos efectos del ciclón, no pude contener las lágrimas viendo cuán gravemente pesaba la mano divina sobre la hermosa Martinica, donde hay tantas almas buenas. Inclinémonos, no obstante, sin murmurar, pues los castigos del Señor son un efecto de su misericordia. Confiemos que las innumerables pérdidas materiales que ha sufrido la colonia, las quinientas casas destruídas, el incendio de la ciudad de Fuerte de Francia y las ochocientas víctimas de la noche del 18 de Agosto, habrán sido suficientes para satisfacer la Justicia divina, ultrajada por los desórdenes y la impiedad de cierta clase de la sociedad martinicana. Así se lo he pedido á Dios de lo íntimo de mi corazón en el santo sacrificio de la Misa.

Las exigencias del servicio no han permitido al comandante Dardignac prolongar su permanencia en la Martinica, y es preciso partir el 24, á las cinco de la tarde. El número de pasajeros ha disminuído considerablemente. Primero nos dejaron los de Guadalupe y Martinica, y luego los de la Guyana, trasbordados al *Annexe*, que hace el servicio entre Fuerte de Francia y Cayena. Sólo quedan los que van á Venezuela, Colombia, Centro América y Pacífico, casi todos españoles. Estos se avistaron con el comandante, para que pudiese celebrarse Misa de media noche.

En efecto, hemos podido adorar al Niño Dios con los pastores, y unir nuestras voces á los conciertos de los Angeles en pleno Océano. *Gloria in excelsis Deo!*

A media noche, reinando el más profundo recogimiento, ha comenzado el adorable Sacrificio. El salón estaba espléndidamente iluminado, y el altarcito representaba el pesebre de la ciudad de David, que resplandecía á los rayos de cincuenta globos luminosos: sobre nuestras cabezas, por la claraboya abierta, aparecía parte del cielo del mar de las Antillas, y las estrellas sembradas en esta pequeña parte del firmamento parecían multiplicar su centelleo é inclinarse para adorar con nosotros al Dios de Belén.

¡Imposible describir los sentimientos que embargan el corazón en semejantes momentos! Tales impresiones conmueven profundamente y dejan huellas imborrables.

Después del Santo Sacrificio el comisario de á bordo, amable como el comandante, hace servir un excelente desayuno, sazonado por la más cordial y franca alegría, añadiéndose copas de champaña ofrecido por un pasajero español, rico negociante de Caracas, que celebraba el sexagésimosexto aniversario de su nacimiento, y que por esto había recibido en el bautismo el nombre de Navidad.

#### II —A lo largo de las costas septentrionales de la América del Sur

El 26 de Diciembre al levantarnos vemos al Sur los altos montes de Venezuela. Henos, pues, en las costas de la América del Sur, que difieren esencialmente de las costas de las Guayanas. Mientras que éstas son bajas, apenas perceptibles, y sin relieve alguno, aquéllas son salientes, altas y enhiestas: es la cordillera bruscamente interrumpida y que termina en el mar Caraíbo.

Llegamos á la Guaira, puerto principal de Venezuela, unido por un ferrocarril á la ciudad de Caracas, capital de la república, centro comercial importante.

La Guaira aparece construída en el flanco muy inclinado de un contrafuerte de la Cordillera: sus calles, estrechas é irregulares, están muy descuidadas. Todo es allí carísimo, y los objetos más insignificantes cuestan un ojo de la cara. Hemos querido refrescar en una fonda francesa, y nos han pedido dos francos por una botella de asquerosa cerveza del Havre que no valía dos sueldos. Para conducirnos á bordo desde doscientos metros de la playa, el propietario de la embarcación nos pedía diez francos: cierto que se contentó con la mitad; pero aun esto era excesivo.

Nada de particular hemos advertido en las iglesias; los tipos de sus santos no se han tomado de la escultura griega ó florentina, sino de la escuela alemana, y sus cuadros no son por cierto de Rubens, Murillo ó Morales. Triste es hacer constar que en la Guaira más se preocupan de fardos, mercancías, café y cacao que de Religión.

Nuestro comandante pretende que Venezuela ha entrado de lleno en la senda del progreso. No digo que no, según como se mire. La Compañía Transatlántica tiene mucho flete tanto á la ida como á la vuelta en los puertos de la pequeña república: esto explica la favorable idea que de la misma se ha formado. Sin embargo, forzoso es convenir en que no es esto precisa-



mente lo que constituye el verdadero progreso, pues todo lo más prueba que la cuestión material tiende á absorber todas las otras mucho más importantes. El dios dinero es el único que adoran los judíos, y la sociedad entera está en camino de no tener otro culto y de ir á ofrecer incienso al becerro de oro.

Esta madrugada hemos fondeado en Puerto-Cabello, otro puerto venezolano, y desembarcamos para dar un paseo. Como ciudad, Puerto-Cabello es mejor que la Guaira; pero menos importante como puerto. (*V. el grabado de la pág. 273*).

Henos en pleno mar Caraibo, surcado en otro tiempo por las piraguas de los indios que habitaban las orillas del mar y las islas. Eran indudablemente, y los que quedan son todavía, los más atrevidos navegantes del mundo. Sus ligeras embarcaciones, formadas de una sola pieza con el tronco de un árbol corpulento, tenían un metro de profundidad y cinco ó seis de largo, y en ellas se embarcaban familias de diez ó quince personas, con su mobiliario, y sin temor alguno se aventuraban en alta mar.

La costa, que casi nunca perdemos de vista, es escabrosísima. Dejamos sucesivamente á estribor las islas de Curazao, Oruba y algunos islotes menos importantes. A babor pasamos delante de la península de Paraguana y el golfo de Maracaibo, en el cual hay el estrecho que une el gran lago del mismo nombre con el mar.

El 29 de Diciembre echamos el ancla en el puerto de Sabanilla, á alguna distancia de la antigua y comercial Cartagena, santificada por los trabajos apostólicos de San Pedro Claver. Mucho siento que no me sea posible visitarla y orar junto al sepulcro del Apóstol de los negros. El tiempo apremia, y es preciso que mañana lleguemos á Colón, para que los pasajeros del Pacífico puedan tomar pasado mañana los correos de San Francisco y Valparaíso, que parten de Panamá todos los jueves.

Sabanilla (*V. el grabado de la pág. 272*), Santa María y Colón son los tres puertos de la república colombiana, que tanto ha decaído de su primitiva grandeza. Fundada por Bolívar en 1819, desde 1831 está dividida en varios Estados, habiéndose separado sucesivamente Ecuador y Venezuela.

Por lo demás, no es mi propósito hacer aquí un curso de historia: mis notas no tienen por objeto hacer alarde de conocimientos geográficos y etnográficos. Provisto de lápiz, esbozo y apunto al paso lo que más me llama la atención: esto puede interesar á los lectores de *Las Misiones Católicas*, é inspirar á algunos corazones generosos el deseo de consagrar su vida á la evangelización de estas hermosas é inmensas comarcas que carecen de obreros apostólicos.

Según me refieren los pasajeros de Caracas y los que acaban de desembarcar en Sabanilla, la cosecha es grande; la fe continúa aun muy viva en estos países, pero déjase sentir mucho la falta de obreros evangélicos.

## CRÓNICA

**Roma.**—Su Santidad, consecuente en su propósito de atender todo lo posible á las Iglesias de Oriente, ha dado cuenta en el último Consistorio de la situación de la de Antioquia, donde comenzaron los cristianos á tomar este nombre, y después confirmó la elección hecha por los Obispos sirios en la persona de Cirilo Benhnam Benni, que pasa de la Sede de Mossul á la de Antioquia.

**Francia.**—Las Misiones Extranjeras de París acaban de publicar la Memoria anual de sus trabajos apostólicos durante el año 1893. He aquí los resultados del último ejercicio:

Bautismos de adultos, 32,482; conversiones de herejes, 252; bautismos de hijos de paganos, 178,643. Las 27 Misiones tienen 1,820 alumnos en los 37 Seminarios indígenas, y cuidan de 1,051,295 cristianos, antiguos y nuevos, dispersos en inmensos territorios, con 3,800 estaciones. En dicho año la muerte ha arrebatado á las Misiones Extranjeras á 3 Obispos y 18 misioneros.

— En la página 265 damos el retrato del Rmo. H. Teofano, actual Superior general de la Congregación de Hermanos Maristas. Nació este Hermano el 10 de Septiembre de 1824 en la antigua provincia del Vivarés, que evangelizó San Juan Francisco Regis, y en la cual la fe se conserva robusta y sólida como el granito de sus montañas. Recibió en el seno de su familia cristiana y virtuosa educación, que había de hacer de él un hombre de carácter. Encomendado más tarde á los Padres Basilio, en cuyo colegio de Annonay permaneció nueve años, preparóse con el estudio, la oración y la práctica de la virtud á la carrera á que le destinaba la Divina Providencia, y pidió y obtuvo ser admitido en el noviciado de los Hermanos de María, de la diócesis de Lyon, donde ingresó el año 1845, á la edad de veinticinco, con el nombre de H. Teofano. Terminado el noviciado empleóse en las escuelas, mostrando, como profesor y director, singulares disposiciones para la educación de la juventud y la dirección de los Hermanos. En Julio de 1860 el Capítulo general del Instituto, atendidos sus relevantes méritos, eligiólo asistente del Superior general. La escrupulosa exactitud con que desempeñó este cargo, que lleva anejo la dirección de una provincia que contaba quinientos Religiosos, justificó cuán acertado había sido su nombramiento.

Veintitrés años más tarde, en Abril de 1883, fué elegido para suceder al Superior general, que la muerte acababa de arrebatárle á su Instituto, el cual ha prosperado desde entonces extraordinariamente á pesar de las dificultades de los tiempos: baste decir que casi ha duplicado el número de Religiosos, que son ahora seis mil. Este aumento ha permitido extender á España, Colombia, Canadá, Estados Unidos, China y Oceanía la obra de educación á la cual con tanto celo se dedican los Hermanos Maristas.

El cielo bendice este Instituto, porque su fundador fué un hombre de Dios, y sus virtudes y su espíritu reviven en el Superior y en los miembros de su numerosa familia. A la humildad, sencillez y modestia propios de los Maristas une el H. Teofano bondad y ternura de padre hacia sus inferiores, firmeza en el mando, suma prudencia y cortesía en sus relaciones con toda clase de personas, y un celo y abnegación apostólicas en todo lo que atañe á la gloria de Dios y salvación de las almas. Un hecho solo nos da suficientemente la prueba de su valor. Contando ya la edad de setenta años, emprendió en Noviembre último un viaje de diez á once mil leguas para visitar sus Hermanos dispersos en diferentes regiones de Oceanía.

**Polonia.**—El Cardenal Albino Dunjowski ha estado en Roma para darle las gracias al Papa por su Encíclica á los Obispos de Polonia, de que ya dimos noticias á nuestros lectores. El Cardenal es Príncipe Obispo de Cracovia, y he aquí cómo opina acerca de la Encíclica:

«Este documento ha producido en toda Polonia la mejor impresión y se ha recibido en todas partes con la mayor gratitud.



No sé si se habrá permitido su publicación en la parte de Polonia que pertenece á Rusia; pero los polacos rusos también alaban la Encíclica. La prensa de Polonia ha publicado artículos en elogio de ese documento. Depende su resultado del modo con que reciba el Gobierno ruso las palabras de Su Santidad. Si permite que se publiquen, los efectos serán muy benéficos.

«En cuanto á la condición de los polacos en las tres naciones á que pertenece Polonia, hela aquí: En Austria son muy bien tratados, gozando de libertad para sus prácticas religiosas. Se enseña en las escuelas el idioma polaco, que es de hecho el oficial en Galitzia, y se considera á los hijos de Polonia con perfecta igualdad respecto á los de Austria. Naturalmente estamos agradecidos al emperador Francisco José por todo esto. En Rusia sucede lo contrario. Los rusos hacen esfuerzos por introducir su religión en Polonia, haciéndoles la guerra á los católicos. La condición de nuestros pobres hermanos en Rusia es desesperante. Se cometen grandes atrocidades. Se persigue á los católicos, sus pueblos son saqueados y á veces ultrajados sus mujeres. Ningún polaco católico puede ejercer empleo de Gobierno ni adquirir bienes raíces ó hereditarios, si no es de su padre. Muchos sacerdotes han sido desterrados, casi todos los monasterios se han cerrado, y los que aún quedan no pueden recibir novicios, de modo que pronto se cerrarán...

«En Alemania ha mejorado la situación de los católicos polacos, pues se enseña la doctrina en las escuelas públicas. El príncipe Bismarck los trató con mucha dureza y quiso alemanizarlos, pero el canciller Von Caprivi los considera más. En Posen gozan de libertad absoluta en asuntos religiosos.»

**Ke-Ne (Tung-king).**—El P. Fr. Paulino Giraídos, O. P., escribe á su Padre Provincial:

«Voy á decirle á V. R. alguna cosa sobre mi antiguo partido de Jen-my, que cuidé año y medio, hasta el mes de Mayo pasado, en que los superiores me invistieron con lo que el Sr. Colomer llama la *muceta parda*; es decir, me hice cargo del colegio de latín.

«El partido de Jen-my que en tiempos mejores, y antes de la división de este vicariato, estuvo á cargo del P. Guirro, es tierra muy pintoresca bajo el punto de vista topográfico.

«Situado al pie de una pequeña montaña que va creciendo á medida que se aleja de Jen-my, tiene por detrás un gran valle que son las sementeras de arroz que cultiva el pueblo; el valle está terminado por una gran cordillera de montañas altísimas llamada el Tam-dao, que (entre paréntesis) suele ser ahora el nido de los piratas chinos y de otra raza, que los anamitas llaman bárbaros ó *man*, los que á veces hacen sus excursiones en cuadrillas para saquear, quemar y robar los pueblos: por en frente pasa un pequeño riachuelo que baña muy de cerca aquella comarca y le da un aspecto muy agradable y hermoso.

«Aunque yo no soy poeta, pero sí puedo decir que gocé mucho en aquellos sitios memorables para mí, por haber sido el primer distrito que cuidé. Pero debo añadir también que aquellos lugares son muy solitarios y *aliumde* el pueblo está lindando con varios otros pueblos que ya tienen fama de ser piratas.

«No obstante, ¡qué cierto es que *Deus adjuvat infirmitatem nostram!* de otro modo no se puede explicar cómo los misioneros estamos tan contentos y animados para trabajar, y generalmente con buena salud, á pesar de multitud de temores que nos rodean, y una baraunda de quehaceres y no pocos sinsabores que son inseparables de nuestra vida.

«Cuando yo cuidaba dicho distrito me hicieron pasar los piratas bastantes malos ratos; teníamos que estar ¡centinela, alerta! toda la noche, pues estábamos en frontera de enemigos y amenazados por ellos; tuve que ausentarme de casa, y dar órdenes á los cristianos de refugiarse en lugar seguro, hasta que pude obtener del vicerresidente francés de la provincia algunos medios de defensa, con lo cual pudimos volver al pueblo y permanecer allí aún de noche.

«No obstante esta vigilancia, no pudimos evitar que una noche después de Pascua de Resurrección y en el mismo punto de media noche, nos asaltaran y se nos metieran dentro del pueblo.

«Era un plan muy meditado, y quizás inevitable de realizarse,

puesto que según sospechas muy fundadas había algún individuo del mismo pueblo y bien conocido, que fué quien condujo á los latro-guerreros para vengarse de un antiguo mandarín cristiano; como lo lograron, pues le acuchillaron horriblemente.

«Digo que era inevitable de realizarse, porque teniendo el enemigo en casa, como he dicho, tarde ó temprano seríamos asaltados en algún momento de descuidar la vela.

«Ahora, gracias á Dios, puedo dormir tranquilo, pues por aquí gozamos de paz: el último jefe de piratas que solía hacer sus excursiones por aquí, ha sido cogido y decapitado ya por las Autoridades.

«En cuanto á este partido de Ke-ne, poco puedo decir á V. R., pues apenas he tenido aún tiempo para orientarme en él.

«El movimiento hacia nuestra verdadera Religión es bastante considerable por aquí; hay escuela de catecúmenos actualmente en ocho pueblos, y dentro de algunos días espero abrir escuela en otro pueblo más. ¡Dios quiera que todo salga bien y pueda bautizar á unos dos ó trescientos catecúmenos para el año próximo como, *Deo dante* lo espero!

«Pero ¡es tanto lo que el diablo revuelve y trabaja para que no veamos realizados nuestros deseos! Así que no podemos promovernos nada hasta que lo vemos con nuestros propios ojos.»

**Estados Unidos.**—Se ha publicado el informe anual de las Misiones católicas entre los negros y los indios de los Estados Unidos. Según los datos de ese informe, hay en esa República 160,714 negros católicos, que tienen 29 iglesias de las que están encargados 34 sacerdotes. A las 102 escuelas católicas para niños negros que existen, concurren 8,531 alumnos. Existen 21 instituciones para niñas negras, dirigidas por Hermanas de la Caridad. Durante el año de 1893 fueron bautizados 560 adultos y 5,009 niños negros. De los 886,812 indios que quedan en los Estados Unidos, son católicos, 89,204. Tienen 132 iglesias, 107 sacerdotes y 91 escuelas á que asisten 5,121 alumnos. En 1893 fueron bautizados 2,563 niños y 331 adultos indígenas.

**Filipinas.**—Las siete Misiones que los Padres Agustinos Calzados de Filipinas fundaron el año pasado de 1893 en lo más escabroso de los montes Ilocos, van dando un excelente resultado. Sólo en el distrito de Tiagán lograron convertir y bautizar en el otoño del año pasado más de 2,000 infieles, como lo refieren los periódicos de Manila del mes de Enero de este corriente año, de uno de los cuales, del 4, copiamos lo siguiente: «Del 19 de Octubre al 20 de Noviembre próximo pasado, se bautizaron en el distrito de Tiagán más de 2,000 infieles. El excelentísimo señor Capitán general, para demostrar su satisfacción y dando una prueba más de sus sentimientos caritativos, ha dado cuatrocientos pesos para comprar ropa á los nuevos cristianos. El ilustrísimo señor Obispo de Vigán también ha entregado al misionero de la cabecera del distrito cien pesos, y el reverendo Padre Provincial de Agustinos otros cien. La distribución de la ropa se ha verificado en los días 24 y 25 del corriente en el pueblo de San Emilio, cabecera del distrito. Al acto, que resultó verdaderamente solemne y brillantísimo, asistieron todas las rancherías y la colonia española.»

**Noticias varias.**—Las investigaciones emprendidas en Tizirt, cerca de Dallys, por Mr. Gavault, arquitecto encargado de una misión del ministro de Instrucción pública, han dado lugar al descubrimiento de una basilica de cuarenta metros de longitud.

Este monumento, que data del siglo V ó VI de nuestra era, está cubierto de numerosas esculturas. Mr. Gavault ha descubierto principalmente en el ábside muchas inscripciones paganas, que parecen indicar que esta iglesia fué construida en el emplazamiento de un templo pagano.

Los chapiteles esculpidos descubiertos son todos diferentes y en número de más de cuarenta. El monograma de Cristo está reproducido con profusión bajo diversas formas.

—El Instituto de Hermanas de Nuestra Señora de Namur va á enviar, aceptando la invitación del Soberano del Estado indepen-



diente del Congo y del señor Obispo de Namur, algunas Hermanas á la Misión de los Padres Jesuitas del Congo.

Allí se pondrán á su disposición un vasto terreno y edificios provisionales para ellas y sus alumnas.

También se piensa en un nuevo envío de Religiosos trapenses, que irán á reunirse con los dos Padres y tres Hermanos que marcharon el 6 de Abril último para establecer un convento y una granja modelo en N<sup>ta</sup> Tampa, aldea situada cerca del futuro ferrocarril.

Aprendan en estos ejemplos de abnegación los detractores de las Ordenes religiosas á apreciar lo que ellas valen.

—Mons. Livinhac, obispo titular de Pacando, el íntimo amigo de Mons. Lavigerie, ha sido nombrado Superior General de los Padres Blancos, misioneros de Africa.

—El diario oficial *Mensajero del Gobierno* de Rusia, publica un decreto Imperial restableciendo las relaciones del imperio del Czar con la Corte del Vaticano, y nombrando al Sr. Iswiski ministro residente de Rusia cerca del Papa León XIII.

Este acontecimiento ha producido impresión profunda en todas partes.

Las relaciones oficiales entre Rusia y el Papado estaban interrumpidas desde el año 1871.

## VARIEDADES

### RELATO EDIFICANTE

EL Padre misionero Oblato Devés refiere rasgos notables é interesantes de los salvajes de la Colombia británica (América Septentrional), referentes á su deseo de comulgar.

Cuando el misionero les lleva el Santísimo Sacramento á su capilla, ni de día ni de noche le abandonan para *hacer compañía al Maestro*, dicen ellos, *de la oración*. Suceden entonces escenas tiernísimas. Padre, madre é hijos, en una palabra, una familia, rodean á Jesús Sacramentado, y dice el padre:

—Jefe, dirigiéndose á Jesucristo, ya sé que estás ahí; no te veo, pero Tú me ves y me oyes... ¿Ves á mi hijo mayor? Hazle comprender que no es bueno, pues no me obedece cuando le mando... ¿Ves á mi hija? No es buena, no reza y es perezosa para levantarse de la cama... ¿Ves á mi mujer? No es buena; cuando llego de la caza no me ha preparado la comida... Ahora me toca á mí... Jefe, no por eso soy bueno; me enfado contra mi mujer.

Dirigiéndose después á todos uno por uno y mirando al tabernáculo, les hace prometer, y con ellos promete también la enmienda.

Pero veamos la historia angelical de una niña de nueve años. Quería hacer su primera Comunión, pero el misionero la juzgaba de poca edad para recibirla. En vano insistió la niña; un día fué á la iglesia, y creyéndose sola, aunque el misionero oraba ante el Santísimo, comenzó á decir en voz alta:

—Jefe, mi Padre el sacerdote dice que no te conozco; sí, te conozco; eres Hijo de Dios, Niño en el establo de Belén; viviste en Nazaret, estuviste en el templo entre los hombres de oración, formaste los Apóstoles, les diste tu oración, moriste en la cruz y resucitaste al tercer día. Ya ves que te conozco. Pues bien: quiero una

cosa que no me negarás; abre los ojos del sacerdote para que vea que te conozco.

Las lágrimas corrieron por las mejillas del misionero, que se ocultó sin ser notado.

Por la tarde, después de Vísperas, llamó á la niña:

—Ven aquí; ¿cuántas veces has visitado hoy á Nuestro Señor?

—Quince veces.

—¿Qué le has dicho?

La niña titubeó un momento, y mirando con timidez al misionero:

—Padre, le he dicho mal de ti.

Y refirió lo que ya hemos expuesto. Entonces el misionero dijo á los fieles:

—Ved como Dios oye la oración bien hecha. No tengo costumbre de ir á la iglesia á la hora que refiere esta niña; pero hoy me indujo á ir el gran Espíritu. Sí, hija mía, el Jefe de arriba me ha abierto los ojos; veo que conoces á Jesucristo, y comulgarás.

La niña rompió á llorar, y en medio de su llanto dijo al sacerdote:

—Padre, estoy tan contenta que me parece hallarme ya en el paraíso.

Estas interesantes historias recuerdan las de los primeros siglos de la Iglesia. Sencillez, humildad, inocencia y caridad; ¡cuán fervorosas serían así las comuniones, cuán edificantes y qué gloria darian á Dios! Mil veces bendita la fe que así resplandece y brota del corazón.

### CABUL

Cabul es la capital del país del mismo nombre, que presenta una continuación de la meseta superior de la Persia, si bien está cortado por profundos valles. Dicha ciudad está circuida al Norte y al Sur de algunas colinas poco elevadas en forma de semicírculo. El Balla-Hissar, que ocupa la parte Norte de la colina, es una especie de ciudadela, en donde está el palacio del rey. La ciudad es hermosa por lo general, aunque de poca extensión, y las casas son de madera por motivo de los frecuentes terremotos. Favorece mucho su comercio el estar situada en la encrucijada que forman los caminos del Turkestan, la Persia y la India. (*V. el grabado de la pág. 284*).

## SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

P. E. . . . .	5 ptas.
Pablo Folchs y Pascán, de Fapaste. . . . .	2 »
Una señora de Barcelona. A honra y gloria del Sagrado Corazón de Jesús. . . . .	15 »
Rdo. Domingo Vallés, Pbro., de Torrelvella. . . . .	10 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona